
COSMOVILLE
POR JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

# Table of Contents

# Annotation

Muchos han oído hablar de Cosmoville, la maravillosa superciudad creada, puesta en órbita espacial y habitada por el hombre; pero son realmente muy pocos, excepto sus pobladores, los que hasta la fecha han tenido la venturosa ocasión de contemplarla.

Ello solo es posible desde Marte, y únicamente en circunstancias favorables, empleando el completísimo cosmo-observatorio que ocupa la tercera parte de Deimos, su luna más lejana.

# Motín robótico

Joe Bennett

# Cosmoville

Luchadores del Espacio, 142

# CAPÍTULO PRIMERO

## *LA CIUDAD DEL ESPACIO*

Muchos han oído hablar de Cosmoville, la maravillosa superciudad creada, puesta en órbita espacial y habitada por el hombre; pero son realmente muy pocos, excepto sus pobladores, los que hasta la fecha han tenido la venturosa ocasión de contemplarla.

Ello solo es posible desde Marte, y únicamente en circunstancias favorables, empleando el completísimo cosmo-observatorio que ocupa la tercera parte de Deimos, su luna más lejana.

Marte, el característico Planeta Rojo y vecino terrestre más cercano en dirección opuesta al Sol, «eclipsa» a Cosmoville de tal forma que el sintético mundo que gravita en el espacio, pasaría desapercibido a no ser porque su nacimiento cósmico obedeció, precisamente, a la labor astrofísica y constructiva de la Tierra. Apenas si sería una ilusión óptica en el cielo negro.

Pero Cosmoville existe. Es un pseudoplaneta lleno de vida, de significación y de importancia estratégica. Un pedazo del Mundo Terrestre desplazado más allá de Marte, gracias al ingenio y pericia de los infatigables terrícolas.

Algo así como una avanzadilla poblada por seres frágiles y sanguíneos, cuyas conquistas en el Universo jamás han sido ensombrecidas por las pobres victorias que otras criaturas espaciales vienen realizando con penosa lentitud y siempre, naturalmente, supervisadas por la poderosísima Junta Interplanetaria de la Tierra.

Hubo un tiempo —a raíz de su lanzamiento al vacío— que Cosmoville atrajo todas las atenciones y marcó una especie de locura caprichosa.

Al principio, cuando se supo que no gravitaría en derredor de la Tierra como un satélite más, sino que pasaría a ocupar su puesto planetario en torno al Sol, la gente se mostró reacia a dejarse embarcar en la empresa. Marte, cuya leyenda de inhabitabilidad aún persistía después de tantos siglos, asustaba un poco a los ilusionistas que primeramente pensaron alistarse como voluntarios.

A millones de personas atraía vivir en Cosmoville, porque la superpoblada Tierra carecía de oportunidades nuevas para ellos. Querían ver otros horizontes, explotar la fortuna y labrarse un porvenir en el mundo recién construido y próximo al lanzamiento. Pero el conocimiento de que «su» lugar había sido establecido casi dentro de la órbita marciana, les heló las ilusiones y transformó en recelosos todos sus proyectos.

La superficie de Marte, aunque mucho más fría que la de la Tierra y rodeada solo de una tenue atmósfera, posee mayores semejanzas con la terrícola que la de ningún otro mundo. Además, la Colonia establecida desde muchas décadas atrás se ocupó de levantar poblaciones modernas, higienizadas y en todo idénticamente climáticas a las del Mundo.

Hoy, apenas existe diferencia entre vivir en Marte o en la Tierra. Sin embargo, a la avalancha colonizadora —más, impulsados por la curiosidad que por el firme deseo de establecerse en Cosmoville— aterraba la perspectiva de perder indefinidamente el aire terrestre, el tibio sol y la brisa acariciante de las costas marítimas.

Vivir cerca de Marte todavía se mira con ojos de sospecha, porque la tradición recuerda que su superficie es diabólica y maligna. En verdad, cabe afirmar categóricamente que «fue» diabólica y maligna.

La «Gran Plataforma» —como se llamó inicialmente a Cosmoville — esperaba el alistamiento de un millón de personas decididas a convertirse en ciudadanos del espacio, y transcurrió un largo año antes de que el mínimo de su dotación reglamentaria quedase completada.

Costó mucho vencer resistencias y prejuicios. Hubo oposición, incluso, por parte de dirigentes altamente significados en política cosmográfica. Ahora —a los 20 años del suceso— la abrumadora población de la Tierra habla de Cosmoville con igual sencillez que si lo hiciese de Europa, de América o de África.

En realidad, Cosmoville es una provincia del Mundo. Una colonia como las que antiguamente se designaban de ultramar… con la diferencia de que ésta pertenece a la categoría de ultra-espacio.

El millón inicial se ha transformado en ocho… y sigue el crecimiento demográfico. Los estadistas calculan que para dentro de media docena de años se habrá doblado el número de habitantes y es posible que hasta se haga obligatorio un visado especial de entrada, aparte de las formalidades obligadas que ahora rigen para regular la afluencia humana.

Ya no asusta a nadie «vivir cerca de Marte». Al contrario, el Planeta Rojo es un astro familiar para los cosmovillenses. Aprendieron a quererlo y lo designan con la misma simpatía familiar que antaño al referirse a Nueva York, a Berlín o a Madrid.

La influencia marciana envolvió a Cosmoville desde el primer minuto de su existencia cósmica. A veces, hasta imaginan que continúan viviendo en la Tierra, ya que imperan un cúmulo de factores por demás semejantes.

Si descartamos las condiciones atmosféricas, térmicas y gravitatoriales, Marte posee tantos puntos de contacto con el mundo terrestre que, una vez aclimatado, el hombre se acopla fácilmente a su

nuevo estado. En Cosmoville, por ejemplo, la existencia no sufre alteraciones que lleguen a afectar las viejas costumbres a que se hallan habituados los terráqueos.

Marte gira sobre un eje ideal que está ligeramente más inclinado que el de la Tierra: 25° 10’. Respecto al día, de todos es sabida su duración: 24 horas, 37 minutos y poco más de 22 segundos. Es pues, en términos, acomodaticios, semejante al terrestre.

La medida del tiempo, tan importante para la sensibilidad del ser humano, se manifiesta casi inapreciable para los pobladores de Cosmoville. La traslación de Marte alrededor del Sol se efectúa en 668 días marcianos[1], o sea, algo menos de dos años terráqueos.

La «Gran Plataforma», inmenso hormiguero humano donde se trabaja, se nace y se muere exactamente igual que en la Tierra, ya no resulta un cuerpo extraño en el Sistema Solar y por ello —aunque son muchísimos los que jamás vieron Cosmoville— su existencia se acepta con esa benignidad, un tanto paternal típica del hombre.

Se trata de una superciudad joven, enorme, un núcleo poblado que descongestiona la abrumadora masa de seres vivos apelotonados, y estrujados en la Tierra, y hasta los niños conocen ahora el significado de la palabra «cosmovillenses». Son sus hermanos del ultraespacio.

Hasta hay quien posee parientes allegados, bien afincados más allá de Marte. Son negociantes. O técnicos. O trabajadores especialistas. Personas de alta condición social. Nombres respetables en la nueva y próspera sociedad de Cosmoville, cuando, de no haber abandonado la Tierra, todavía se les seguiría considerando números anónimos en el gran rebaño de los Don Nadies.

Desde luego —ahora está demostrado— los que fueron inicialmente lanzados en la «Gran Plataforma», encontraron su moderno Eldorado y no es posible que deseen regresar a la Tierra.

Jeff Wascott, de pronto, interrumpió sus pensamientos sobre Cosmoville y oprimió el botón de deceleración gradual al contemplar la casita blanca y acogedora que constituía su hogar.

Estaba llegando. El trayecto desde la Central Gravitatoria hasta la casa, le había pasado en un soplo. Tal vez —reflexionó de malhumor — porque se sentía preocupado por el reciente acontecimiento que poco antes le participó el doctor Pandromer, su jefe inmediato en la Central.

Sin duda, lo ocurrido tenía la culpa de sus íntimas meditaciones. Sino… ¿a santo de qué iba ahora a recordar una serie de cosas relacionadas con Cosmoville, después de tanto tiempo que perdieron actualidad?

Vivía allí. Se hallaba bien situado. Gozando de un empleo lucrativo y brillante, infinitamente mejor que el que poseía en la

Tierra.

En Cosmoville conoció a Belinda y en Cosmoville se casaron. Billy, su hijo, era un auténtico ciudadano cosmovillense. Amaba la superciudad, su labor de ingeniero espacial y no deseaba volver al anonimato del Planeta Tierra.

Sin embargo, pensó en ello desde que abandonó la Central Gravitatoria. Los pensamientos se enredaron y recordó algunos hechos relativos al mundo artificial que habitaban. Hasta tenía a flor de labios una pregunta extraña:

—¿Nos obligarán a regresar a la Tierra... o podremos, por nuestros propios medios, resolver el inesperado problema?

Sí. Era un problema. Lo admitía. Un problema súbito, misterioso, contra el que, quizá, no estaban preparados.

Naturalmente, el asunto no le incumbía. El Servicio de Seguridad de Cosmoville se ocuparía de investigar, al unísono que el Cuerpo Médico. Pero... ¿quién, en éstos tiempos, sería el loco capaz de atreverse a matar a un semejante? ¡El primer crimen cometido en Cosmoville desde su nacimiento oficial!

Bueno... Eso si era un crimen. Porque el doctor Pandromer sustentaba la teoría de que no se trataba de un delito... ¡sino de una enfermedad! ¡Una de esas inexplicables y devastadoras plagas del espacio!

—¡Hola, papá! —saludó el pequeño Billy, corriendo hacia el turbovehículo por el sendero amasado que dividía en dos mitades el exótico jardín—. ¡Te has retrasado para la cena!

—¡Hola, hijo! —sonrió Jeff Wascott, saltando al suelo y cerrando la transparente cubierta—. Hubo un poco de trabajo en la Central. ¿Cómo han ido hoy las clases?

—He sacado buenas notas-Billy le besó en una mejilla y sonrió con los chispeantes ojos y la hermosa boca heredada de Belinda —. ¡Ya verás, qué contento te pones a fin de curso!

—Eso espero —asintió el ingeniero, pasándole un brazo por los hombros—. Vamos a cenar. Estoy hambriento.

No deseaba que nadie de la familia advirtiese su inquietud y desde el primer momento procuró comportarse exactamente igual que siempre. Belinda deambulaba por la servococina, dando los últimos, toques a la cena. Jeff fue hasta allí, la rodeó el talle abrazándola por la espalda y la besó detrás de la rosada orejita, tal como era su costumbre. Lo mismo de siempre.

La nocturna comida transcurrió sin novedad, repitiéndose las escenas que a diario ocurrían. Solo un par de veces, por hallarse meditando, Jeff no supo qué contestar a dos preguntas de su encantadora esposa, y se excusó alegando una inexistente distracción.

Al finalizar, y tras una corta velada a cargo de la teleaudición

ofrecida por la videoemisora de Cosmoville, Billy les deseó las buenas noches y se retiró el primero a su habitación para descansar.

Belinda acompañó a su hijo y Jeff desconectó el aparato. Extrajo después uno de los cigarrillos desintoxicados de la tabaquera y le prendió fuego, aspirando hondamente las bocanadas mientras contemplaba por la ventana el firmamento tachonado de brillantísimas estrellas, unos puntos de luz tan intensos y «casi palpables», como no era posible imaginar en la Tierra.

—¿Qué te sucede, Jeff? —preguntó la dulce voz de Belinda Wascott, al regresar de acostar a Billy.

—¡Oh, nada! —contestó él, dando un manotazo al aire para quitar importancia—, ¿Qué puede sucederme?

—No lo sé-confesó Belinda, sentándose en el brazo del sillón que ahora ocupaba su marido —. Te has comportado de una forma rara durante la cena. No te atrevas a negarlo-agregó, atajando el ademán defensivo de Jeff—. Te conozco demasiado bien para equivocarme. Apenas has hecho otra cosa que limitarte a seguir la conversación de un modo ausente. Tampoco el teleprograma ha logrado entretenerte. ¿Por qué estás preocupado?

—No lo estoy, Bel. Figuraciones tuyas.

—Lo sé —insistió la mujer, mirándole francamente a los ojos—. Siempre hemos discutido las cosas convenientemente. Quizá yo podría ayudarte. ¿De qué se trata ésta vez?

Wascott chupó el cigarrillo y expulsó el aromatizado humo por la nariz.

—Son asuntos del trabajo-declaró por último —. Un nuevo proyecto que merece mi atención.

—¿Nada más?

—Oye, nena... ¿No eres tú la que actúa de forma rara?

—No. Y lo sabes bien. Pero tengo que decirte algo. Ahora que Billy se ha retirado a descansar, no veo razón para ocultarlo. ¿Sabías que la policía encontró el cadáver de un hombre en el terminal del subtrén? Un hombre asesinado... ¡Pero sin heridas de ninguna clase en su cuerpo!

Jeff Wascott sacudió la ceniza del pitillo y suspiró. Bueno. ¡El gran secreto! Al parecer, la noticia pertenecía ya al dominio público y, en consecuencia, las murmuraciones no tardarían en extenderse por Cosmoville.

—Ya lo sabía-contestó.

—Es horrible, ¿verdad? Entre ocho millones de habitantes dignos, existe uno que se dedica a matar a sus semejantes. Al conocerlo, me sentí vivamente impresionada. Durante algún tiempo no supe qué pensar ni qué decir. A la señora Orcutte le pasó lo mismo...

—Fue ella quien te dio la noticia, ¿no?

—En efecto.

—Esa «bendita» señora Orcutte es la persona mejor informada de la superciudad. Bien, nena-añadió —. Como tú has dicho antes, ya no existe razón para ocultarlo. La verdad... la verdad, es que toda mi preocupación acabas de quitármela con cuatro palabras. Creí que el doctor Pandromer y yo éramos seres privilegiados; porque nos dieron la información en plan confidencial. Tanto, que ni siquiera me atrevía a decírtelo. La señora Orcutte también pertenece al círculo de los elegidos.

—Debía tirarte de las orejas, Jeff... por tu falta de confianza en mí. ¿De modo que era eso? ¡Pero si no se habla de otra cosa por las calles!

—La gente haría bien en mantener la boca cerrada —gruñó el ingeniero, metiendo la colilla del cigarrillo por el orificio de un desintegrador de residuos—. Hay cierto tipo de novedades que no benefician a nadie cuando se extienden. No sé lo que opinarán en Marte cuando lo sepan; pero ten por seguro que en la Tierra les sentará igual que un puntapié aplicado a la espinilla. Hace tiempo que proyectan lanzar otras «plataformas» al espacio para aliviar el exceso de población. Hasta ahora siempre presentaban a Cosmoville como modelo de concordia y prosperidad ciudadana.

—La policía resolverá el misterio y prenderá al criminal.

—¡Bah! La policía está... —se detuvo y miró a Belinda.

—¿Qué ibas a decir?

—Oye, Bel. ¿Eres capaz de escuchar un secreto sin contárselo a la famosa señora Orcutte?

—Naturalmente. ¿Es que lo dudas, querido?

—No. Pero le tengo pánico a nuestra chismosa vecina.

—Confía en mí.

—La policía anda desorientada desde que hallaron el cuerpo sin vida. Lo están sometiendo a electroautopsias y análisis celulares con todo rigor. Nada. ¿Comprendes esto, nena? ¡Nada! No existe el menor indicio que pueda explicar su muerte. Ha intervenido el Departamento Médico. Temen encontrarse ante un nuevo tipo de enfermedad...

—¡Oh, no!

—Sí, por desgracia. Algo epidémico. Supongo que imaginas las consecuencias que ésto traería para Cosmoville. Aquí, debemos reconocerlo, todo es artificial. Vivimos encerrados lo mismo que una mariposa en su crisálida. El compuesto químico que respiramos está fabricado. El líquido que bebemos como agua es otra invención de la Ciencia. La luz solar que recogen los potentes helióstatos y proyectan a concentradores, nos baña, nutre nuestro organismo y broncea la piel. Pero no es sol «puro». Todo resulta sintético, Bel. Las medidas sanitarias se aplicaron con severa inflexibilidad desde que el primer

millón de habitantes fue admitido para poblar Cosmoville. Si se declarase una epidemia de índole desconocida, la propagación sería vertiginosa, porque al fin y al cabo, somos una comunidad de seres vivos prisioneros bajo la cúpula que nos aísla del espacio cósmico. Por decirlo más claro, sin «ventilación natural».

Belinda Wascott asintió despacio y oprimió una de las manos de su marido, temerosa. Jeff tenía razón. Acababa de exponer la situación real en pocas frases.

Tal vez —aunque pareciese espantoso— la idea de que un crimen había sido cometido resultaba infinitamente más piadosa que la amenaza mortal de una epidemia de efectos desconocidos contra cuyo virus no existía terapéutica eficaz.

—Muchos inocentes pagarían con su vida.

—Sí, Bel. Por lo menos, entretanto se encuentre el remedio.

—Pensaba en Billy… y en los otros niños del pseudoplaneta. ¿Sabes si se han adoptado las medidas oportunas?

—Desde luego. El Cuerpo Médico trabaja en ello, mientras el Servicio de Seguridad trata de averiguar quién, o «qué cosa», produjo el fallecimiento de Mario Stompell, la víctima-Jéff se puso de pie y sonrió animosamente —. Creo que he hablado más de la cuenta. No lo digas a nadie. Seremos dos a compartir la verdad.

—Mantenme al corriente, por favor.

—Lo haré.

—¡Debe existir un remedio!

—Por lo pronto, solo conozco uno: Vámonos a dormir. Quizá mañana nos despertemos con la solución. Ocurre así. Anda, querida. Por primera vez en los doce años que resido en Cosmoville… voy a soñar con la Tierra. La vieja y paternal Tierra. Echo de menos el aroma a pinos de mi pueblo…

# CAPÍTULO II

### *INCERTIDUMBRES*

La Central Gravitatoria ocupaba un espacio de casi treinta kilómetros. El altísimo y macizo edificio donde se albergaba toda la intrincada maquinaria que creaba la gravedad estabilizadora de Cosmoville —manteniendo el planetoide artificial libre de atracciones astrales— resultaba monstruoso en razón a su tamaño. Era una muestra más de la capacidad constructiva del hombre.

Cuando Jeff Wascott llegó al día siguiente y dejó el turbovehículo en el aparcadero de los empleados distinguidos, se dirigió enseguida a su despacho. En el ascensor superveloz encontró al doctor Pandromer, que le dedicó una afable inclinación de cabeza antes de preguntar:

—¿Qué tal ha dormido, Jeff?

—No muy bien, doctor. Desde anoche... sufro pesadillas.

—Supongo que ésa es la misma explicación que yo puedo dar a mi insomnio. ¿Comimos algo fuera de horas? —sonrió Pandromer con cierta ironía—. Tal vez, pastel de fermentos.

—Pastel de misterio, diría yo —replicó el ingeniero—. ¿Hay alguna novedad?

—Todavía no he teleconectado con el inspector Bristol. Lo haré después. Pásese por mi despacho al mediodía. Si averiguo algo, se lo comunicaré. Estoy tan intrigado que desearía pertenecer a la policía en lugar de ser un técnico en mecanoingeniería espacial. Esta es mi planta, Jeff. Hasta luego.

—Adiós, doctor. Nos veremos a mediodía.

Acaso los cinco mil y pico empleados que trabajaban turnos, incesantes en la Central —sistema nervioso que daba vida segura a Cosmoville— opinaban de forma parecida a como lo hacían Pandromer y Jeff Wascott.

La enigmática muerte de Mario Stompell, modesto funcionario de una empresa de productos manufacturados, había caído igual que una explosión nuclear entre la hermanada comunidad. Un hecho insólito, por supuesto. Sin precedentes.

Matar es el más abyecto delito de la raza humana, y los esfuerzos de siglos encaminados a eliminarlo, casi lograron desterrar el peligro de los anales de la Historia Interplanetaria. Se consideraba la máxima bajeza del género. Nadie que estimase medianamente privilegiada la condición de hombre, habría descendido a tan despreciable degradación.

He aquí unos conceptos que, desde la infancia, se inculcaba en las

mentes terrícolas mediante procesos electroencefalotónicos. De ahí el pavor que todos sentían por el crimen.

La Tierra, consciente de su poder, creaba seres nobles por convicción. Las lacras delictivas pertenecían al pasado remoto. Nadie se tomaba la justicia por su mano ni atacaba abiertamente a los semejantes. Jeff Wascott sabía esto, igual que los miles de millones de criaturas que ocupaban los mundos del Universo.

La idea de un foco epidémico nacido por causas ignoradas, iba tomando cuerpo en el cerebro de Jeff y le atormentó sin descanso durante la jornada matutina completa.

Hacia las doce y media se despojó del uniforme, obsequióse con un lavado de hidrógeno depurador contra radiaciones de flúor molecular, y encaminó sus pasos al despacho del jefe Pandromer.

La puerta se deslizó a un lado cuando actuaron las células fotónicas y un campanilleo en el microvibrador sónico del cuadro receptor anunció su llegada al viejo y sarcástico Pandromer. Este le recibió sentado tras la mesa de trabajo, con cara plácida.

—Acomódese, Jeff —autorizó—. He pedido que nos traigan algo comestible y unas tazas de cafemo. Hoy prefiero almorzar aquí en lugar de ir al restaurante. ¿Me acompaña? Así podremos charlar sin testigos. Necesito descargar mis temores sobre otra conciencia amiga.

—Es un principio que promete, doctor. Y que demuestra la abundancia de noticias. Comience, se lo ruego. Acepto la comida… y el coloquio.

—Sí. Hay novedades, Jeff. Tantas, que estoy aturdido. Hablé con Bristol hace un rato. Debió usted ver la cara tan triste que ponía. Creo que nuestro admirado inspector de policía imagina a Cosmoville totalmente invadida de fantasmas siderales.

—¿Eso dijo?

—Con otras palabras. Pero lo dio a entender —Pandromer se recostó en el respaldo—. Ahí va mi primera sorpresa: Mario Stompell, según la Ciencia no ha muerto «de nada».

—«¿Quééé…?»

—Cálmese. Todos los análisis han demostrado que estaba tan sano como usted y como yo. Interesante, ¿eh? De niño jugaba a los rompecabezas y temo que ahora soy demasiado viejo para intentar resolver éste. Me limito a aceptar la versión de Bristol, sin enfrascarme en discusiones. Stompell era un hombre sano. Físicamente pletórico de salud. Ni el menor rastro de enfermedad ha sido revelado por las electroautopsias. «Pero estaba muerto cuando lo encontraron.» ¿Qué acabó con su vida?

—¿Lo sabe usted, jefe?

—No lo sabe «nadie».

Dicho esto, sin alterar la beatífica expresión, Pandromer se

acarició la frente con una mano.

—Entonces... le asesinaron, ¿verdad?

—No presenta ni un rasguño, Jeff. El misterio más impenetrable con que han tropezado los policías y los médicos. Nadie le disparó, nadie le acuchilló... ni nadie le hizo inhalar gases, ingerir pócimas venenosas, inyectar ponzoñas u otra clase de elementos nocivos. Su muerte no fue causada por medios externos. La conclusión es unánime entre los técnicos policiales. Ahora bien, y aquí comienza el galimatías, tampoco existen indicios «internos» según los, doctores. En resumen —repitió— Mario Stompell, ha fallecido «de nada».

—¡Absurdo!

—Bien. Lo admito. Es absurdo.

—¿Cómo puede aceptarlo con tanta flema?

—¿Por qué habría de negarlo obstinadamente, Jeff? La historia evolutiva de la Humanidad rebosa misterios químicos, biológicos, físicos, psíquicos, microbianos... ¡«Misterio» es la palabra que asedia al hombre desde los albores de su raciocinio! Muchos de ellos pudieron ser lógica y razonadamente explicados siglos después de producirse. Tal vez nos hallamos en los inicios de algo inconcebible, muchacho. Recuerde que Cosmoville solo cuenta veinte años de edad. Este es el ciclo de su permanencia gravitatorial en el Espacio. ¿Pero qué son dos décadas en el Universo? ¡Muchísimo menos que una millonésima de segundo! ¿Me entiende?

—Demasiado bien.

—Ahora le invito a sacar sus propias conclusiones,... y a exponerlas si cree que pueden servimos de algo.

—Tal como usted plantea la situación, me deja sin conclusiones —rezongó Wascott encendiendo un cigarrillo y aspirando el humo—. No hay salida. Mario Stompell ha muerto. Esto es lo único indudable.

—Indudable —afirmó Pandromer.

—Pero lo inadmisible del caso es que su triste fin no puede achacarse a enfermedad o a crimen. ¿Por qué ha dejado, pues, de existir? La hipótesis de un suicidio la rechazo de plano. Estas son todas mis conclusiones, doctor.

—No es mucho. Usted, Bristol y yo, nos encontramos frente al mismo muro sin explicación. No es muy sugestivo. ¿Alguna teoría?

—Ninguna. Para serle sincero, no tengo inconveniente en aceptar que la idea de asesinato la descarté inmediatamente. Como principio de educación psíquica, el delito de sangre repele al género humano. Resultaba improbable que alguien cometiese un crimen, hasta cierto punto. Ahora bien, la sospecha de la posible epidemia que usted apuntó, me atraía más. Quizá una clase de virus desconocido habíase filtrado por cualquier resquicio de la bóveda protectora. Era verosímil... con un pequeño esfuerzo de imaginación.

—Pero el Cuerpo Médico ha notificado que no existen síntomas de enfermedad alguna. Ni antes ni después de su muerte.

—Lo cual destruye la hipótesis y vuelve a dejarnos en tinieblas.

El campanilleo del microvibrador sónico repitió su aviso y Jeff fumó en silencio hasta consumir el pitillo, mientras un camarero de la Central distribuía sobre la mesa de Pandromer emparedados de distintas clases, una jarra de negro cafemo humeante y dos tazas.

Cuando el sirviente abandonó el despacho, los dos hombres se sirvieron la infusión y atacaron los alimentos. Al parecer, ninguno sentía deseos de reanudar la conversación.

—Todavía queda algo por decir —indicó el viejo, masticando reposadamente—. Bristol y sus hombres andan a la busca de cuatro personas desaparecidas durante la noche. No encuentran ni rastro de ellas. Parece como si se las hubiese tragado la tierra… o arrastrado al espacio. Apuesto mi paga mensual a que no vuelven a verlas con vida.

—¿Por qué?

—No logro analizar la razón, Jeff. Es un presentimiento. Siempre hice mucho caso de las premoniciones.

—Lo que acaba de decirme encierra un mensaje espantoso, doctor.

—Ya lo sé. Cosmoville va a pasar por algunas vicisitudes. No me pregunte nada, por favor. «Huelo a peligro.» Renuncio a explicar lo que yo mismo desconozco. ¿No ha sentido usted nunca la sensación de estar cometiendo algún error?

—Sí.

—Pues eso es lo que me sucede ahora. Sensaciones. Una incertidumbre amenazadora. La muerte de Stompell y la desaparición de cuatro ciudadanos, avisa a mi instinto y le advierte que sobre nuestro mundo se cierne una fantástica sentencia. Llegan días negros para todos. ¿Qué le pasa, Jeff?

—He perdido el apetito —confesó Wascott, depositando el emparedado junto a los otros—. Tomaré solo cafemo. Después de lo que ha contado con tan despreocupada sencillez, me siento incapaz de tragar nada sólido.

—Bueno-sonrió Pandromer, masticando —. No es para abatirse todavía. Antes hablamos de misterios. Quizá nos hallamos ante uno de extraña y poderosa naturaleza. La policía trabaja sin descanso y protegerá a la población. Hasta podemos recurrir al ejército, si llega el caso. Después de todo, yo solo presento conjeturas y acaso esté totalmente equivocado. Siga comiendo, Jeff.

—No, gracias-el ingeniero bebió un sorbo de cafemo —. Me encuentro ahíto. Cenaré en casa, con Belinda y el chico. Ojalá hubiese terminado ya la jornada. Si ese peligro que usted no alcanza a describir, pero que intuye, se manifiesta… quisiera hallarme cerca de

los míos.

—He sido un tanto alarmista. Perdóneme, Jeff. Le comunico mis preocupaciones y veo que ello le afecta bastante. No tengo un motivo sólido en qué cimentar mis creencias… y crea que lo siento de veras. Yo formé parte del primer millón que pobló Cosmoville. Jamás padecimos disturbios de ninguna clase. Ciertamente en esta colosal ciudad del espacio donde cada persona posee su empleo y medios sobrados para subsistir sin apuros, era lógico que la vida se deslizase por suaves cauces de felicidad. La situación que ahora atravesamos resulta decididamente extraña. Un hombre muerto, sin causas aparentes, es ya de por sí suficiente desmoralizador. Si añadimos las cuatro desapariciones injustificadas también, nos encontramos ante un hecho insólito capaz de trastornar todo el bien organizado sistema ciudadano. Tal vez, me he dejado arrastrar por la alarma. Me ocurre igual que a Bristol. Pero confío en Dios. Ande, Jeff. Coma algo. Soy viejo… y no se me debe hacer demasiado caso.

Jeff Wascott negó con la cabeza y buscó consuelo a sus preocupaciones encendiendo otro cigarrillo. Pandromer había pretendido arreglarlo, paliar el seco efecto de sus anteriores declaraciones; pero éstas habían dejado ya huella en el ánimo del espacioingeniero y no logró sobreponerse a la penetrante impresión.

Temía por los suyos. Por Belinda y el pequeño Billy. ¿Cómo podrían oponerse a la amenaza desconocida que mataba sin dejar rastro o hacía desaparecer definitivamente, una dulce mujer y un chiquillo de menos de once años? Si al menos hubiesen conocido «qué clase de amenaza» rondaba a los habitantes de Cosmoville…

La jornada vespertina comenzaba a las tres de la tarde y Jeff volvió a ocupar su puesto, trabajando mecánicamente, porque no cesaba de devanarse el cerebro buscando razones lógicas para esclarecer las sombras que pesaban en torno a la población.

Deseó más que nunca escuchar el zumbador anunciando la terminación del turno y la entrada de los relevos nocturnos. Cuando al fin aconteció, solo se detuvo en la Central Gravitatoria el tiempo estrictamente necesario para someterse al lavado depurador y cambiar sus ropas de trabajo por las de calle.

Manejando el turbovehículo a velocidad suicida, devoró la distancia hasta su casa y lo detuvo ante la puerta del jardín. Ya en el hogar de blancas paredes, apacible y grato, Jeff sintió que sus nervios volvían al estado de reposo natural, y que las incertidumbres que le atormentaban perdían intensidad.

Saltó al suelo y miró en torno. Billy no acudía a recibirle y sorprendido por su ausencia, le llamó a gritos:

—¡Billy! ¿Dónde te has metido, diablillo?

—¡Eh, papá! —replicó una voz alegre—. ¡Estoy aquí!

Jeff aguzó la vista y entró en el sendero. La respuesta de su hijo llegaba de lo profundo del jardín, y la exuberante arboleda impedía que localizase de inmediato su situación.

Los Wascott siempre sintieron legítimo orgullo por el bien cuidado y poblado jardín. En él, Jeff había ordenado plantar semillas de especies raras, porque Belinda era muy aficionada a toda clase de familias vegetales. Regaba amorosamente el césped venusiano, de un atractivo color tornasol, y ella misma se ocupaba de podar los árboles terrícolas, marcianos y de origen planetoidal en sus oportunas épocas. Casi toda la fauna de satélites y astros se hallaba representada allí.

Los helechos de Saturno y las trepadoras de Sirio ocupaban una gran extensión, emparrándose lujuriosamente. Los arbustos nacían entre el césped colorista, en torno a troncos de corteza tan áspera como el sílex o fina cual cristal pulido. Jeff llamaba al jardín la «selva particular» de los Wascott... y en cierto modo llevaba razón.

Durante los calurosos días de sol —prefabricado pero sofocante para contrarrestar la gelidez del próximo sector marciano— las copas demostraban su utilidad y ofrecían fresca sombra. Había invertido una fortuna en reunir las especies. Rosaledas estelares, pinos-piedra de Phobos, tilos rojos de Plutón... Pero, de pronto, sintió una brusca exasperación porque ocultaban a su hijo.

—¡Billy! —ordenó autoritario—. ¡Sal enseguida dé tu escondite!

—Ya voy. ¡He cazado un roedor, papá! ¡Algo estupendo!

El follaje tupido se agitó unos cinco metros a su izquierda y el risueño Billy, acunando amorosamente contra el pecho un minúsculo animalillo azulado, apareció con aire triunfal. Jeff soltó el aliento contenido en un suspiro de alivio. ¡Qué cosas más raras le ocurrían ahora!

Naturalmente, el chiquillo se mostraba tan vivaracho y juguetón como siempre. ¡Debía desechar aquellas estúpidas prevenciones que el viejo Pandromer le inculcó a su pesar!

—¡Hola, papá! ¡Mira! ¿No es maravilloso?

Billy le ofreció su caza, y Jeff improvisó una sonrisa al tomarla en sus manos. Se trataba, efectivamente, de un roedor. Por lo menos, lo parecía. Un ratoncillo azul, de ojos pálidos, que abultaba apenas lo que una cría de ruiseñor.

—¿Dónde lo encontraste?

—Estaba royendo las flores de azúcar-explicó el niño —. Me gustó. Le puse la mano encima y no se asustó. Por eso decidí quedármelo. ¿Verdad que me fabricarás una jaula, papá? Será mi mascota...

—Parece inofensivo.

—Sí. Nunca había visto roedores de esta clase. No tiene rabo. ¿Qué nombre le pondremos?

Jeff aflojó la presión de los dedos para examinarle con mayor detalle. Desde luego, carecía de rabo. Tampoco poseía hocico, y lo que podía ser calificado como boca, era un pequeño labio circular, esponjoso, que tal vez succionaba lo mismo que las ventosas de algunas familias cefalopódicas. Poseía uñas duras y afiladas, cortantes como bisturís. Este descubrimiento no le inclinó demasiado a su favor.

El ingeniero no entendía gran cosa de biología; pero saltaba a la vista que el biche de aspecto tímido y manso no podía ser encuadrado en la vasta designación de los roedores. Su figura ratonil era lo único que incitaba a pensar en ello. La cabeza, redonda, mostraba dos imperceptibles protuberancias laterales, que sin duda correspondía a su sistema auditivo.

El pelo azul, suavísimo, era rizado... tanto, que recordaba el tejido de las antiquísimas tohallas de baño usadas siglos antes en la Tierra. En general, no producía repugnancia ni asco. Al contrario. Inclinaba a la protección. A realizar lo que Billy sentía: Ahijárselo.

—Es muy bonito-admiró Billy —. Todos mis amigos se morirán de envidia cuando lo vean... ¿Qué te parece si le llamamos «Jardinero»?

—¿Se puede saber dónde andan metidos los hombres de la casa? —preguntó entonces la cristalina voz de Belinda Waseott, llegando de lejos—. ¡La cena se enfría, caballeros! ¿Tendré que ir a buscaros?

—Contéstale a mamá, Billy-dijo Jeff —. Si la impacientamos nos dará una azotaina por partida doble.

—¡Ya vamos! —gritó el chiquillo—. ¡He cazado un roedor azul!

Echó a correr, ansiando explicarle la verdad a su madre, y Jeff, sin prisa, lo siguió por el jardín, apartando ramajes a su paso.

Todavía mantenía el innominado animalillo en la mano y notaba su tibio calor. Estaba obscureciendo. Las sombras de la noche, merced al arbolado, resultaban casi impenetrables.

Por entre las copas pasaba la luz de la casa, filtrándose en rayas blancas. Jeff, invadido nuevamente por las extrañas incertidumbres tomó entonces una decisión.

Sabía que no iba a agradarle a Bill. Conocía la facilidad de los niños para encariñarse con toda clase de objetos. Aquel ratoncillo azul —decidió llamarlo así a falta de nombre apropiado— se convertiría en su mascota, en su compañero inseparable. La idea le disgustó profundamente. No tenía nada contra el bicho; pero le molestó cobijarlo en casa.

Sin pensarlo, abrió la mano y el animalillo saltó al suelo, brincando por él hasta perderse en la oscuridad. Diría a Billy que se le escapó y no hubo forma de evitarlo. La palma conservaba todavía su calor, y sintió el invencible deseo de lavarla cuanto antes.

Decididamente, el viejo Pandromer había logrado con sus palabras, que también él viese fantasmas dentro de Cosmoville.



¡Fantasmas con cuerpo de ratón!

# CAPÍTULO III

## *ALGO ASOMBROSO*

Llegó a la Central Gravitatoria y tomo puntualmente el ascensor superveloz. El doctor Pandromer, reclinado en el fondo tras la veintena de hombres que lo ocupaban, le saludó con la cabeza y Jeff replicó jovialmente.

Se sentía optimista. Hay días que las personas parecen invadidas de pesadumbre y otros, por contra, inundadas de inmensa alegría. Jeff había dormido bien, de un tirón toda la noche, y ahora se burlaba de sus manías nocturnas, achacándolas a producto exclusivo de la imaginación.

Mientras ascendía hasta su planta correspondiente, recordó los desconsolados lloros de Billy al saber que su atractiva mascota azul había escapado. ¡Cosas de niños! Lo olvidaría enseguida. Acaso a estas horas, sentado en el pupitre de la escuela del barrio, ni se acordase de lo sucedido.

Uno de los empleados de la Central Gravitatoria, con quien coincidió en el aparcadero para los turbovehículos, habíale dado, también, una noticia francamente alentadora. Sonrió al pensar en ello. ¡Fantasmas! ¿A quién se le ocurre asociarlos con cuatro desapariciones y un cadáver? Ratificaba su primitiva expresión. ¡Absurdo!

—Parece usted dichoso, Jeff-dijo el doctor Pandromer, que estuvo abriéndose camino para llegar a su lado —. Seguramente, conoce ya la gran revelación.

—Sí —afirmó Waseott—. Me lo dijo Tom Ley en el aparcadero. ¡Los cuatro desaparecidos regresaron anoche a sus respectivos domicilios! ¿Dónde está ahora el misterio, doctor? Temo... que haya perdido su paga mensual. ¿Llegó a apostarla en serio?

—Esperaba sus chanzas. Ayer le asusté —Pandromer sonrió con su innata ironía—. Le encantaría demostrar que hice el ridículo más espantoso, y aprovecha la primera ocasión para echármelo en cara. Bien, Jeff. Goce su triunfo. Estaba equivocado.

—Prefiero que haya sucedido así. Consiguió preocuparme. Espero que ahora haya logrado ahuyentar sus prevenciones.

—Pues... no-el viejo le guiñó un ojo —. Subsisten. Creo, firmemente, que algo inesperado aguarda a Cosmoville. Aparecieron los cuatro personajes, cierto. ¿Pero sabe usted lo que Bristol ha sacado en claro? Se lo diré: Nada.

—Entendido-dijo Jeff con indiferencia, despreocupado del problema-No me interesa. He dormido sin pesadillas y mantengo el

decidido propósito de ocuparme «solo» de aquello que considero de mi incumbencia.

—Seguro. Ya me doy cuenta de que se ha olvidado de Mario Stompell.

—Por completo. La policía averiguará, al fin, la verdad.

—O no la averiguará. Andan de coronilla. Interrogaron a los desaparecidos y éstos confesaron que no podían explicar en qué invirtieron su tiempo. ¿No resulta sospechoso?

Por toda respuesta, y como deseando dar por terminados los inútiles devaneos, Wascott señaló el número fluorescente que acababa de aparecer en la pantalla del ascensor superveloz.

—Su planta-amplió —. Hasta luego, doctor.

—Adiós, Jeff, Inconmovible como una roca, ¿eh? Enhorabuena.

—Gracias.

Encontró atractivo su trabajo, y las horas de la mañana no le pesaron en absoluto. Se sentía tranquilo. Dueño de sus emociones y tan satisfecho como siempre. ¿A qué molestarse en hilvanar hipótesis ilógicas?

Un hombre murió dos días antes. Muy bien. Cuatro se esfumaron sin dejar pistas y volvieron a aparecer. Estupendo. ¿Y qué? A Jefferson Wascott, ingeniero espacial de la Central Gravitatoria de Cosmoville, ciudad del espacio… ¡no le importaba un bledo!

Se hubiese sorprendido portentosamente de haber podido imaginar lo que le aguardaba. Iba a ser testigo de algo asombroso. Algo inverosímil y enloquecedor. El cúmulo de todos los absurdos que llevaba vividos; pero con una decisiva variación. Nada de imaginación. Nada de teorías o hipótesis. ¡Presenciaría «la realidad»!

Jeff Wascott lo ignoraba aún. Trabajaba atento a los mandos electrónicos, anotando valencias, mediciones y cifras de estabilización gravitatorial. Su cometido entrañaba mucha responsabilidad y era una de las tareas más delicadas de la Planta dedicada al exclusivo objeto de «sustentación planetoidal». Por eso su sueldo, y su categoría, le permitían contarse entre la selecta minoría de los empleados distinguidos.

Era la oportunidad que esperó durante toda la vida. En la Tierra, por ejemplo, tuvo que afanarse mucho para destacar apenas. Cosmoville, por el contrario, le situó en la cúspide de su especialidad.

Vivía en el espacio. Casi dentro de la elipse orbital marciana, muy lejos de su mundo natal. A veces lo lamentaba por Billy, que quizá nunca llegaría a contemplar el planeta padre del Universo. Por sus venas circulaba sangre terráquea; pero el niño era ya un verdadero cosmovillense.

Una microrresistencia del inyector tubular dejó escapar entonces un ligero chasquido, y Jeff anotó en el registro de novedades la hora

exacta del fallo.

La minúscula resistencia no afectaría al funcionamiento de la supermáquina, porque sus dos millones de elementos gemelos continuarían la labor intensiva. Aquello le trajo a la memoria las palabras que el doctor Pandromer pronunció doce años antes, cuando se hizo cargo del empleo.

—Si algo se estropea, no pierda la cabeza —dijo—. La maquinaria trabaja en milloserie; es decir, con refuerzo superior en todas sus partes esenciales. Yo la comparo a un gigantesco ciempiés. ¿Comprende, ingeniero Wascott? Un fallo viene a ser algo así como el anquilosamiento de una de las patas de ese simpático gusanillo. Todavía le quedan noventa y nueve en perfecto funcionamiento. Avise al Taller de Reparaciones. El encargado le enviará un técnico especialista para reponer la pieza averiada.

Jeff admitió que siempre habíase dejado influenciar con exceso por las opiniones del viejo Pandromer. Le trataba con camaradería, otorgándole incluso confianzas que no ofrecía a ningún otro empleado. Nació entre ambos una cordial amistad. Pero el jefe tenía el defecto de ver problemas insolubles a cada paso. Y de sofocarse por los asuntos ajenos.

Conectando el «pilorrobot» para que mantuviese la tensión rítmica adecuada, Jeff abandonó la cabina direccional y anduvo hasta la cercana oficina. Buscó a Flower, su ayudante, y encontró la tarjeta dejada sobre la mesa. En ella pudo leer:

> «*Me han llamado de la Sección de Abastecimientos. Volveré dentro de quince minutos. No he querido molestarle, porque se hallaba manejando el bicalculador y a usted le disgustan las interrupciones.*»

Firmaba la nota Flower, y Jeff sonrió. Otro destacado elemento de la Central Gravitatoria. Serio, prudente y entendido. Una vez le advirtió —hacía de esto sus buenos seis años-que nunca le distrajese cuando efectuaba los cálculos de proyección, resistencia y alzamiento. Flower asumió la advertencia de tal modo que jamás tuvo quejas respecto a inoportunas interrupciones.

Se sentó en el sillón y extrajo un pitillo de la tabaquera. Mientras con la mano izquierda aplicaba el encendedor voltaico al extremo colgante de sus labios, con la derecha bajó la clavija del telecomunicador para uso interno de la Central.

La pantalla parpadeó y quedó iluminada, ofreciendo a sus ojos el despacho de Coutems, encargado de admitir los avisos para el Taller de Reparaciones.

Pudo verle, enarbolando una silla, y correteando de un lugar a otro de la brillantemente iluminada habitación. Sorprendido por la

escena imprevista, Jeff despegó el humeante pitillo de la boca y preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¡Coutems, escúcheme! ¿Se ha vuelto loco?

—¡Ah! ¿Es usted, Wascott? —reconoció el encargado, girando sobre los pies y mirándole cara a cara—. Estoy tratando de aplastar un bichejo que se ha colado de rondón en el cuarto. ¿De dónde habrá salido? ¡Maldita sea su estampa! ¡Es una extraña rata azul que me crispa los nervios!

Jeff abrió la boca, estupefacto, pero no dijo nada. ¡Una rata azul! Su pensamiento, deslumbradoramente, le transportó enseguida a la noche anterior, al jardín en penumbras y al animalillo que Billy pretendía convertir en su mascota. ¡Diablos! ¡Vaya coincidencia! ¿Sería la misma? ¿Se trataba de aquel «Jardinero» tan sumiso e insignificante?

—¡Allá va! —señaló Coutems brincando por el pasillo que se perdía al fondo—. ¡Ven, amiguita! ¡Te voy a pulverizar de un silletazo!

—¡Coutems! —llamó el ingeniero espacial—. Es un animalillo inofensivo y tímido. ¡No lo persiga!

—Inofensivo, ¿eh? —gritó el encargado—. ¡Me atacó por la espalda y no me parecieron nada tímidas sus intenciones!

—¡Oiga!

—¡Déjeme, Wascott! ¡Quiero darle su merecido!

Jeff oprimió el botón de enfoque y cambió el «ángulo visual» de la pantalla, de forma que pudo seguir con el telecomunicador la encarnizada persecución de Coutems. ¡Era asombroso!

La silla rebotó contra el suelo, pero el roedor azul ya había salido disparado hacia otro lugar del pasillo. El encargado maldijo entre dientes y corrió en pos de su presa, que se escurrió entre sus pies, saltando ágilmente, y regresó a la oficina. Con una celeridad de portento, utilizó las uñas para trepar por la pared. Luego, lo perdió de vista.

—¡Se ha ocultado! —rezongó Coutems, cuyo rostro congestionado delataba su ira por el fracaso—. ¡La tengo que desintegrar!

—Serénese, amigo —recomendó Jeff—. Creo que está confundido. Anoche, precisamente, mi hijo encontró un ratoncito igual en el jardín. Yo lo tuve en mis manos. ¡Parecía tan manso como un pajarillo!

—¿De veras? ¡He visto sus ojos, Wascott! ¡Unos ojos amarillos y terribles! ¡Es un bicho destructor! ¡Lo buscaré, aunque tenga que echar abajo todo el archivo de reclamaciones!

—¿Por qué lo toma tan a pecho? Siéntese. Llame al departamento de Desinfección, y que le envíen cualquier producto nebulizado contra roedores dañinos. Pero yo sigo creyendo que es inofensivo…

—¡Me atacó, se lo repito! —chilló Coutems, poniéndose de pie sobre la mesa—. ¡Y no permito que...!

—¡Coutems! —exclamó Jeff Wascott impulsivamente.

Una pelota azul, algo así como un proyectil de indefinible naturaleza, saltó en tan preciso momento de cualquier rincón de la estancia, cruzó el aire a velocidad endiablada... ¡y se adhirió al cuello del encargado! ¡Se pegó a la carne «lo mismo que una ventosa»! La pantalla se enturbió por efectos de un golpetazo, cuando el hombre empezó a moverse frenéticamente para desasirse de la pegajosa lapa. ¿Qué estaba sucediendo ahora?

El ingeniero sintió un escalofrío y hubiese jurado —¡estúpidas sensaciones!— que se le erizaban los cabellos de horror. ¿Horror? ¿Por qué se horrorizaba? ¡Si era un ratoncillo minúsculo que él tuvo en sus manos! Arrojando airadamente el pitillo, oprimió el botón de enfoque, variando de nuevo el «ángulo visual» del aparato.

Tenía los nervios alterados, el cerebro lleno de tortuosas ideas y la lengua pegada al paladar, cuando en la pantalla apreció un insólito espectáculo. ¡Coutems yacía derribado en el suelo! Sus brazos abiertos en cruz, fláccidos, denotaban... ¡pérdida de sentido!

—¡Coutems! —bramó fuera de sí—. ¡Maldición! ¿Qué significa esto, Dios mío? ¡Responda, Coutems!

No. No respondió. ¡Se hallaba desvanecido!

Sin dejar de oprimir botones direccionales, a fin de obtener un «ángulo visual» a la máxima potencia de aproximación, graduó la teleproyección de forma que alcanzó a contemplar, espantado, los terroríficos movimientos del roedor azul.

Habíase colocado tras la nuca del inerme Coutems y parecía chupetearle, mediante breves restregones, la porción ósea situada junto al lóbulo de la oreja izquierda. Experimentó un miedo atroz, incontrolable, y sus manos temblaron.

No le afectaba solo la visión de cuanto presenciaba a través del telecomunicador, con ser terrible... ¡le aterraba pensar que Billy, su propio hijo, estuvo expuesto a semejante ataque por parte del animalillo coloreado! ¡Una gran suerte que le permitiese recobrar la libertad!

Sabía que su deber consistía en dar la alarma. Avisar inmediatamente al jefe superior. ¡Era la obligación ante tan indescifrable suceso! Pero la sorpresa, y el pánico, le tenían paralizado, agarrotando sus pensamientos e impidiéndole las reacciones físicas. Igual que subyugado, vencido por una hipnosis total... ¡anulado!

El roedor, de pronto, abandonó la cabeza de Coutems y correteó sobre la espalda del yacente, dirigiéndose hacia sus pies. Aunque Jeff se esforzó en averiguar cuáles habían sido sus turbios manejos, no

descubrió herida alguna junto a la oreja del encargado. No brotaba sangre. ¡No existía ni una rojez! ¡Era para perder la razón!

Enfocó en retrocesión la pantalla, tratando de captar lo situado detrás. Solo alcanzó, fugazmente, a ver cómo el animalillo se introducía por uno de los perniles del pantalón y desaparecía en su interior. Esto fue todo. ¡«Desaparecía en su interior»!

La idea estalló en su cerebro y le abrasó el cuerpo, transportada por la sangre. ¿Qué buscaba allí el roedor? ¿Por que atacaba a los hombres? ¿Qué clase de poder era el suyo para lograr dejar sin sentido a un ser humano? ¿De dónde procedían los menudos atacantes azules? ¿Cuántos existían en Cosmoyille? ¿Por qué...?

—¡Basta! —gritó—. ¡Ha sido una pesadilla! ¡No creo lo que he visto!

Nada de pesadillas. «Realidad pura». Allí estaba la encendida pantalla, mostrándole el despacho del encargado del Taller de Reparaciones y el propio cuerpo inmóvil de Coutems... ¡con un ratón azul dentro!

Alucinante y fantástico. Demencial. Algo que escapaba a los límites de la razón y que superaba todas las leyendas del espacio. Había sido testigo de un suceso sin nombre. Imposible de coordinar. Un impresionante ataque que parecía irreal... «pero era cierto».

Como un muelle, saltó de la silla y se dirigió a la salida. Tenía los ojos inyectados en sangre y los labios tan secos que parecían de corcho. El sudor le humedecía la piel. ¡Un sudor frío, de muerte!

Sin poderlo evitar, atropelladamente, diose de bruces contra el presuroso Flower, que entonces regresaba al despacho.

—¡Doctor Wascott! —se extrañó éste—. ¿Qué le pasa?

—He visto... he visto... —tragó saliva y se pasó una mano trémula por el rostro—. Perdone —rectificó—. No... no es nada, Salgo a tomar un poco el aire. Ocúpese de los mandos, Flower. He dejado conectado el «pilorrobot».

—Sí, señor. Pero... ¿se encuentra enfermo?

—No. Vuelvo enseguida. Si alguien pregunta por mí, dígale que estoy en... en el lavatorio.

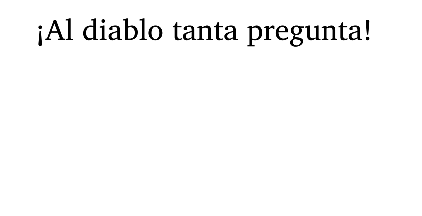
—Espere, por favor. ¿Seguro que no está enfermo?

—¡Seguro!

Necesitaba salir de allí, ¡ir a comprobar por sus propios ojos «la mentira» que acababa de ofrecerle el telecomunieador! Porque era un embuste. Una alucinación óptica. Un engaño visual. ¡No había ratas azules, ni hombres desmayados en el suelo!

Guardaría el secreto. Divulgarlo antes de tiempo solo serviría para que el personal de la Central Gravitatoria formase un pésimo concepto del ingeniero espacial Jefferson Wascott. Se convencería a sí mismo. Claro. Ante todo, debía sentirse plenamente seguro. ¿Seguro de qué?

¡Al diablo tanta pregunta!



# CAPÍTULO IV

## *EL ATACADO*

Había llegado. Se encontraba ante la puerta del despacho de Coutems y ahora, indeciso, dudaba sobre la posición que convenía adoptar.

Su actitud le daba risa... y pena. Pero ya no le quedaba el recurso de encogerse de hombros y retroceder. Bien. ¡Adelante con las consecuencias!

Nada más trasponer el umbral se detuvo, como clavado en el suelo. El escalofrío repitiose coincidiendo con el nuevo erizamiento de sus cabellos. No había mentira. No se trataba de una alucinante pesadilla. Allí estaba Coutems, tendido en el suelo, conservando la misma posición yacente que presenció ayudado por el telecomunicador. ¡Desvanecido! ¡Dramático en su inmovilidad de muerte!

—¡Coutems! —llamó con voz exclamatoria aunque no demasiado alta. ¿No me oye? ¡Despierte, amigo!

Cerró la puerta a su espalda, asegurándose de que los resortes quedaban encajados. Puesto que se trataba de una evidente certidumbre, convenía obrar con cautela, extremar las precauciones, ya que una imprevista visita habría adquirido alarmantes proporciones al propagarse la noticia entre el personal de la Central.

Sin lugar a dudas, interesaba ocultar el suceso. El doctor Pandromer aprobaría su actitud cuando le informase. ¡Y debía informarle! ¡Con qué enorme placer reiría el viejo zorro! ¡Al fin, aunque por cauces inesperados, se realizaban sus premoniciones de peligro y amenaza! Sintió odio ante el nuevo giro que tomaban los acontecimientos. ¡Algo nefasto se cernía sobre Cosmoville!

Miró en torno, vigilante, y apretó los labios. Había resolución en el gesto. Cerca de sus pies, patas arriba, se veía la silla que el encargado blandió poco antes para defenderse del agresivo roedor azul. ¡Acaso le atacase de súbito, apareciendo desde cualquier escondrijo!

El pensamiento aguzó todos sus sentidos y transformó su actitud asombrada en francamente defensiva. Empuñando la improvisada arma, mirando recelosamente en derredor, avanzó hasta Coutems.

Se hallaba dispuesto a descargar un silletazo contra el maligno animalillo. Vistos los resultados, de nada servía ya conservar la teoría de su pacifismo e insignificante pequeñez. A veces, los animales más maléficos son, precisamente, aquellos que parecen engañosamente

débiles.

En primer lugar, y dejándose arrastrar por la morbosa curiosidad que en él despertó el incomprensible ataque, Jeff se arrodilló junto al caído. Examinó atentamente la parte posterior de la cabeza, en especial la oreja izquierda.

—No hay sangre-admitió en voz alta —. Ni rastros de herida. Aparentemente no...

Sus palabras murieron en un murmullo suave y sorprendido. Acababa de averiguar algo terrible. Cierto que no existía sangre ni señales de arañazos, en la piel. Sin embargo —¡lo comprobó con creciente anhelo!— se veían tres imperceptibles puntitos oscuros... ¡tres pinchazos casi microscópicos, igual que causados por la punción de una finísima aguja hipodérmica!

El descubrimiento le anonadó. El tuvo en sus manos al animalillo de pelaje azul. Se fijó, detenidamente, en la carencia de hocico, en la redonda cabeza y en la boca de labios circulares, esponjosos. Labios «de ventosa», según calificó.

Ahora ya podía afirmar que los empleaba maravillosamente para adherirse al cuello de sus presuntas víctimas. «Pero quedaba algo más». Un aguijón o un apéndice espinoso, que se clavaba en la piel... ¡y narcotizaba al atacado, inyectándole alguna especie desconocida de veneno paralizador!

—Esto es evidente-aprobó —. Coutems se desvaneció enseguida al inocularle la activísima ponzoña.

Para comprobar lo acertado o equivocado de su aserto, Jeff abrió la camisa del encargado y aplicó la palma de la mano al pecho desnudo. En efecto. El corazón, aunque débil, latía debajo de la piel. ¡Coutems, solo estaba desmayado, momentáneamente privado del sentido!

Entonces-íntimamente convencido de que era una tontería pensarlo siquiera-recordó que el bichejo habíase introducido por uno de los perniles del pantalón. Naturalmente, nada avalaba la creencia de que todavía permaneciese dentro.

Lo más probable es que escapase enseguida y buscase cobijo en cualquier solitario rincón del archivo, donde se clasificaban las reclamaciones habidas durante los últimos veinte años. Jeff se encogió de hombros. ¡Al diablo las probabilidades! No conducía a ningún sitio pensar con lógica.

Nerviosamente, temiendo y deseando al mismo tiempo ver su registro coronado por el éxito, Wascott palpó el cuerpo de Coutems, a lo largo de la espalda, hombros, brazos y...

—¡Un bulto! —jadeó—. ¡Un bulto arriba de la nalga izquierda! ¡No es posible que se trate de...!

Se resistía a creerlo. ¿Qué frenética locura le invadía? Cierto que

Coutems presentaba un abultamiento anormal debajo de los riñones. Algo así como un furúnculo purulento o un nido de avecillas... «Un nido». ¿Anidaban los ratoncitos azules en el cuerpo humano? De pronto, horripilado por la idea, se puso en pie. Otra vez sintiose dominado por los violentos escalofríos y temblores. Necesitaba el consejo de alguien más experto en tan incognoscibles cuestiones. Corrió a la mesa y conectó el telecomunicador, oprimiendo el botón de contacto con la máxima jefatura de su sección.

Tras el parpadeo lumínico y el encendido de la pantalla, el rostro sonrosado del doctor Pan-dromer se perfiló en el rectángulo.

—¡Hola, Jeff! ¿Qué mosca le ha picado para obligarle a pulsar la señal de urgencia?

—Es urgente, doctor-contestó Wascott —. Y la picadura no la he recibido yo, sino Coutems. Necesito hablarle de un asunto grave. ¿Le molestaría reunirse conmigo en este despacho?

—No entiendo su acertijo...

—Perdone, doctor. Es una cuestión de vital importancia... que no juzgo prudente revelarle ahora. Los teleoperadores podrían escuchar la conversación.

Pandromer frunció las cejas. Conocía a Jeff lo suficiente para comprender que el espacio-ingeniero hablaba en serio. No era solo la tensión de su voz, sino, también, la expresión sobresaltada de su cara y la alarma de los ojos lo que le impulsó a otorgar la petición. Moviendo la cabeza afirmativamente, respondió:

—Bien. Ahora bajo.

—Nos reuniremos en la puerta, doctor. Estaré aguardándole en el pasillo. Así impediré la entrada a cuantos intenten penetrar en la oficina del Taller de Reparaciones.

Cerró la conexión y respiró con alivio, igual que quien acaba de descargarse de un abrumador peso. Por lo menos, el jefe Pandromer no tardaría en saber los hechos y podría tomar su decisión.

Desvió la vista hasta posarla en Coutems, que no se había movido del sitio. Luego, girando sobre los talones, abandonó el despacho y se situó en el pasillo exterior, adoptando la clásica actitud de un centinela.

Pandromer salió del ascensor y anduvo rectamente hacia él, moviendo con vivacidad las cortas piernas. Apenas llevaban transcurridos dos minutos desde que celebraron la teleconversación, pero el cigarrillo que Jeff Wascott fumaba con avidez estaba consumido hasta más de la mitad, signo evidente de su estado nervioso.

—¿Le parece correcto obligarme a trotar como un pura sangre? —interpeló el viejo—. Tiene que explicarme el motivo, Jeff. Se ha comportado usted peor que un chiquillo...

—Se lo explicaré, doctor. No entremos todavía. Déjeme prepararle para... para el sobresalto que le aguarda. Menos mal que no se me ocurrió exigirle la mensualidad. Usted ha ganado la apuesta.

Tras el enigmático preámbulo, Pandromer se puso en guardia. Quizá fue su instinto, que ya le había avisado gracias a los presentimientos. Conservó la calma y escuchó atentamente la precipitada narración de Jeff, sin interrumpirle ni una sola vez. El aire irónico huyó de su rostro, siendo reemplazado por una expresión de vacía perplejidad. Wascott le habló del jardín, de la insospechada caza llevada a cabo por Billy y, finalmente, de la rápida lucha presenciada por el telecomunicador entre Coutems y el animalillo que parecía un ratón...

—Inaudito-gruñó Pandromer —? No sé si creerlo o echarme a reír. Prefiero comprobarlo por mis propios ojos. Entremos, Jeff.

—Tendrá que comunicarlo a la superioridad, ¿no es así?

—Desde luego. Y también al inspector Bristol. Puede que exista cierta conexión entre Mario Stompell, las desapariciones y el ataque de que ha sido objeto Coutems. Oída su explicación, estoy dispuesto a admitir que cualquier cosa es posible.

—Yo también. Se lo aseguro.

El regreso al despacho receptor del Taller de Reparaciones representó para los dos hombres un impacto emocional de primera magnitud. Para Jeff Wascott, en especial, tuvo algo de dantesco y diabólico. Inquisitorio. Nada más franquear el umbral, se quedó sin habla y tuvo que apoyarse en la pared, aturdido por la extraordinaria impresión. Pandromer, poniendo cara de desencanto, se detuvo también.

Ante ellos, sentado frente a la mesa en actitud absolutamente tranquila y normal... ¡se hallaba el encargado Coutems! ¡Y no mostraba aspecto de haber sufrido el profundo desvanecimiento de poco antes!

—¡Las sienes me van a estallar en pedazos! —rezongó Jeff.

—Domínese, muchacho-ordenó Pandromer en un susurro —. Esto me gusta. Es justo como los rompecabezas que de niño me apasionaban...

—Buenos días, doctor Pandromer —saludó el encargado, levantándose respetuosamente—. Hola, Wascott. ¿Qué les trae por mi oficina?

—Ante todo-contestó el viejo reposadamente-permita que le eche una mirada detrás de la oreja izquierda. Alguien ha visto visiones... o aquí vamos a terminar todos cabeza abajo.

—¡Le juro, doctor, que...!

—Ya lo sé, Jeff. Sujete los nervios-atajó Pandromer —. Saldremos de dudas enseguida.

—¿La oreja izquierda? —repitió Coutems, rozándosela con las yemas de los dedos—. ¿Qué broma es ésta, doctor?

—Nada de bromas, encargado. Necesito comprobar algo. Después, le pediré que se despoje de los pantalones.

Coutems, que les recibió con sonrisas amistosas, cerró la boca tan rudamente que escuchóse el chasquido de los dientes. Cuadró las mandíbulas, mirando con pupilas llameantes a los recién llegados. Crispando los puños y pronunciando las palabras con deliberado desdén, objetó:

—No entra en mis obligaciones desnudarme para satisfacer caprichos de nadie...

—Espere-interrumpió Pandromer —. Se lo ordeno, encargado. Sabemos que ha sufrido una agresión y que el ratoncillo azul...

—¿Ratoncillo azul? —Coutems, con seguridad, no debía recordar nada o era un consumado actor—. ¡Váyanse a dormir la borrachera a otro sitio!

—Me está ofendiendo, empleado-dijo el jefe, recalcando la palabra para mejor destacar su jerarquía —. ¡Obedezca! ¡No siga interpretando el papel de asombrado!

—Creo que avisaré a un vigilante... A ustedes les falta un tornillo.

—¡Coutems! —gritó Jeff, iracundo—. ¿Ha olvidado que estuvo hablando conmigo por el telecomunicador? ¡Yo le vi empuñar una silla y perseguir al bicharraco azul!

—¡Mentira! ¡Es la primera vez que hoy nos dirigimos la palabra, Wascott!

El encargado cerró los puños y los blandió amenazadoramente. Quizá la violencia representaba un síntoma propio de los atacados por el peligroso ente que narcotizaba y se cobijaba en el cuerpo humano. Jeff Wascott estaba ya convencido de ello. ¡Hubiese apostado su vida!

—¿No siente dolores? —preguntó Pandromer, acercándose a él mientras Coutems, paso á paso, iba retrocediendo—. Esa laxitud indefinible... que sucede a los mareos. ¡Contésteme, encargado! ¡Le exijo una respuesta inmediata!

—¡No diga más tonterías, viejo! —repuso Coutems con absoluta falta de respeto—. Usted y ese imbécil de Wascott están locos de remate. ¡Sigan avanzando y les tumbaré de un par de puñetazos! ¡Se lo adviérto!

—Perderá el empleo —recordó el doctor—. ¿Qué gana negándose? ¡No pretendemos causarle daño, Coutems, sino averiguar la verdad!

El hombre acababa de chocar con la espalda en la pared. Ya no le era posible retroceder ni un paso más. Wascott y Pandromer, con los músculos tensos bajo la piel, se aproximaban al encargado, cuya mirada recordaba en todo a la de un homicida.

Habría lucha. Sería inevitable; porque solo reduciéndole a la inmovilidad lograrían examinarle a conciencia.

—Escúcheme, Coutems-rogó Jeff tratando de soslayarla —. Le doy mi palabra de honor de que no nos impulsan intenciones perjudiciales. Al contrario. Usted no recuerda nada de lo sucedido; pero yo le vi caer sin sentido cuando el animalillo azul le pinchó tras la oreja. Créame... Está todavía bajo los efectos de un «shock» cuyas dimensiones no acertamos, a...

De pronto, sordo a las razones y animado por una obsesiva idea fija, Coutems se despegó de la pared y embistió literalmente contra ellos aprovechando el impulso terrible del lanzamiento

Pandromer, empujado de lleno cuando menos lo esperaba, fue derribado aparatosamente y rodó por el suelo. Jeff, comprendiendo la inutilidad de una actitud pasiva, se aprestó a la defensa. ¿Hasta qué grado de maldad llegaría Coutems si no oponían pronto freno a su furia?

Girando sobre los talones y profiriendo un bramido de salvaje cólera, el encargado se dirigió en línea recta sobre Jeff. Pero éste ya le esperaba, y disparó su puño derecho con la contundencia de un ariete. El duro impacto le echó la cabeza hacia atrás al golpearle la barbilla, y desvió su ataque. Aprovechando la vacilación, el ingeniero cargó con redoblado ímpetu.

—¡Lo siento, amigo! —dijo Jeff—. ¡De veras que lo siento!

Los pétreos nudillos se aplicaron con tremenda fuerza en el rostro enrojecido de Coutems, y fue proyectado encima de la mesa, barriéndola de cuantos objetos contenía. Antes de que lograse recuperar el equilibrio, Wascott le atizó un gancho potentísimo que resonó en el estómago igual que la maza de un timbal al golpear la piel del parche. El aire que almacenaba en sus pulmones salió expelido con silbante fuerza a través de los enclavijados dientes. Pero el encargado todavía no podía considerarse vencido.

Algo incognoscible, excitante cual activa corriente eléctrica, le otorgaba energías y transformaba al apacible Coutems en un luchador de inagotables energías.

Sacudiendo la cabeza para despejarla del aturdimiento, movió los brazos de izquierda a derecha lo mismo que ingobernables aspas de molino. Uno de los puños alcanzó a Jeff en la boca y le partió los labios, dejándola bañada por la pastosa tibieza de la sangre.

—¡Le despedazaré, Wascott! —rugió—. ¡Ahora verá quién soy yo!

Jeff elevó el antebrazo izquierdo para escudarse de la lluvia de golpes que se le venía encima. Jadeando, tratando de cubrirse, retrocedió y sus piernas, enredándose en la silla caída en el suelo..., ¡le hicieron trastabillar! Coutems no desperdició la ocasión.

Peleando a puñetazo limpio, Wascott habíase mostrado más

diestro y científico que él. ¡Veríamos qué tal se portaba luchando a brazo partido! Seguro de su mayor fortaleza física y corpulencia, Coutems se abalanzó sobre el espacioingeniero cerrando las nervudas manos en torno a su garganta. ¡Iba a estrangularle!

Jeff cayó de espaldas y el encargado, aplastándole bajo su peso, clavó con saña los acerados dedos en la blanda piel del cuello. Medio asfixiado, debatiéndose para intentar desembarazarse del corpachón que lastraba sus movimientos, Wascott silabeó:

—Vuelva… en sí… No cometa… algo irreparable, Coutems…

—¡Le mataré! ¡Le mataré! ¡Quiero ver cómo escapan sus ojos de las órbitas y la lengua le aflora un palmo!

El martilleo agitado de los pulsos batía frenéticamente en las sienes de Jeff. Sentíase perder fuerzas y respirar con opresiva dificultad. La visión de los ojos se hizo turbia cuando el enloquecido Coutems le aprisionó los, brazos con las rodillas y pudo apretar el cuello a placer. ¡Cumpliría la amenaza!

¡Zack! Fue un golpe seco y rápido. Contundente. El sonido llegó al cerebro de Jeff igual que si procediese de algún punto lejanísimo. Notó las rodillas de Coutems al resbalar junto a sus costillas y la aliviadora flojedad de sus garras asesinas.

Después, mientras íbase recobrando lentamente del mal trago, descubrió el exánime cuerpo desplomado a su lado y vio a Pandromer —que todavía empuñaba una palanca de manipulador para baterías mercuriales— encogerse de hombros.

—No había otra solución-dijo el viejo —. Esa fiera humana nos habría aniquilado a los dos. Levántese, Jeff. Voy a comprobar si le he quebrado algún hueso a Coutems.

Lo volvió boca arriba y palpó su cráneo sangrante. Satisfecho de los resultados, mientras Jeff normalizaba la respiración y se frotaba los maltratados brazos, depositó la palanca en el cajón del instrumental accesorio.

—Está vivo… pero le di sueño para rato. Mejor. Ayúdeme a bajarle el pantalón.

—¿Ha visto las punzadas detrás de su oreja izquierda?

—Sí. Imperceptibles. Ha sido una suerte que usted contemplase lo ocurrido, porque nada delator descubrí en Coutems cuando nos recibió con la mejor de sus sonrisas. Los cuatro ciudadanos que desaparecieron la pasada noche, también parecen perfectamente normales… y no recuerdan nada. Yo diría que pasaron por la misma experiencia. Interesante, ¿eh? Poseemos una buena pieza del rompecabezas. ¡Hola! —agregó enfático—. «Esto» se parece mucho a un tumor infectado. ¿De veras supone que el ratoncillo azul está dentro?

—Por lo menos, le vi introducirse en uno de los perniles.

—Bien —Pandromer subió la prenda y miró a Jeff con su característico aire festivo—. Nosotros hemos cumplido por ahora. Me pondré al habla con el director y, luego, avisaré a Bristol. Más vale que pida teleconexión con su casa, Jeff. Presumo que la policía le tomará declaración y ello retrasará su llegada. Quizá no lo sepa, pero se ha convertido en el testigo más importante de Cosmoviile. ¡Ah, otra cosa! —añadió irónico—. No se dedique a la lucha. Le sobra coraje y le falta aguante. Si no es por mí… Coutems le habría hecho devolver hasta la primera papilla.

—No me lo recuerde, doctor.

—A su gusto, Jeff —sonrió—. Punto en boca.

# CAPÍTULO V

### *HORRIBLES DESCUBRIMIENTOS*

El inspector Bristol no poseía el aspecto que casi resulta obligado a los representantes de la Ley con grado importante, No era musculoso ni agresivo.

Hablaba suavemente, eligiendo con cuidado las palabras antes de pronunciarlas. Pero sus ojos azul claro, un tanto infantiles, denotaban inteligencia, astucia y una cualidad de gran valor para los policías: Intuición. Con ella sola casi pueden suplirse las dos anteriores.

En la cuadrada habitación de paredes asónicas, los tres hombres que se hallaban acomodados en torno a su mesa de trabajo le miraban con señalado interés. Habían acudido directamente a la Jefatura Central de Cosmoville nada más abandonar el edificio donde se atendía a las necesidades gravitatorias del planetoide artificial. Hasta el momento, lo ocurrido con Coutems se guardaba celosamente secreto, tratando de que la noticia no se esparciese por la superciudad antes de tiempo.

En el despacho de Bristol podía hablarse sin temor a oídos indiscretos, porque las paredes, construidas con material especial, no dejaban pasar ni el estallido de una detonación protónica.

Jeferson Wascott, fumando, ocupaba un ángulo alejado. Desde luego —como acertadamente anticipó el viejo Pandromer— constituía el principalísimo testigo en los misteriosos sucesos de Cosmoville. Sin embargo, prefería no dar demasiada notoriedad a su persona y aceptaba modestamente un reservado segundo plano.

El doctor Pandromer, siempre con cara burlona, escuchaba a su amigo y asentía despacio. El tercer visitante, llamado Erle Baker, era el ponderado y trascendente director de la Central Gravitatoria, un hombre que se hizo famoso en la Tierra y que en Cosmoville alcanzó el brillante cénit de todas las notoriedades. Grueso, macizo y panzón. Todo cerebro matemático. Un portento de sabiduría espacial y cosmológica.

—Por lo menos —decía Bristol— el accidente de que fue protagonista el encargado Coutems ha servido para arrojar un rayo de luz en la negrura que nos envolvía desde que Mario Stompell apareció muerto en el terminal del subtrén. Sabemos algo. Algo concreto y específico. Al ingeniero Wascott corresponde todo el mérito del descubrimiento. He puesto a mis hombres sobre ascuas y trabajan activamente en el asunto. No tardaremos en conocer los primeros resultados.

—¿Por qué no nos das tu opinión, Bristol? —preguntó Pandromer familiarmente—. Estamos mezclados en todo este enredo y la curiosidad me quita el apetito. ¿Crees, de veras, que esas ratas azules pueden ser las causantes de tanto disturbio?

—Lo creo-afirmó el inspector —. Verás, Jones. En primer lugar, no son ratas. Malcom, un avispado licenciado en parasitología bajo mis órdenes, está ahora analizando al bicho que encontramos dentro de la herida. Espero su informe de un momento a otro. El Cuerpo Médico en peso se encuentra movilizado y la ciudad inundada de agentes. Si el caso posee las ramificaciones que supongo, vamos a tener que arrimar el hombro día y noche. La teoría de una plaga epidémica, que tú aportaste, tiene muchos visos de realidad. Claro que, a diferencia de otras epidemias, ésta no se manifiesta con efectos inmediatos, sino a la larga. El proceso sintomatológico apenas existe entre los atacados, porque todo lo ocurrido— incluso síndromes dolorosos —queda borrado por la pérdida de memoria. Ello hace más ardua la labor. Me propongo ir directamente a la raíz del mal. Entonces, daré la voz de alarma y…

Un microzumbador le interrumpió. Bristol se ladeó en el asiento y miró a la encendida pantalla de un «intercom» cuyo resplandor le abrillantaba la tersa piel del rostro.

—¿Qué hay, sargento? —inquirió.

—Han comparecido los cuatro, señor —contestó la voz del hombre que permanecía invisible para Jeff, Pandromer y Baker—. Acaban de traerlos. Están muy excitados. Los hemos llevado a la sala de reconocimiento y aguardamos su autorización para efectuar la inspección.

—Adelante.

—¿Le esperamos?

—No. Teleconectaré con la sala y presenciaré el resultado desde aquí. No se demore, sargento. El factor tiempo pesa decisivamente.

—A sus órdenes.

Bristol cerró la telecomunicación. El brillo azul de sus ojos de niño grande se animó, cuando propuso a los reunidos:

—Acérquense. Si se colocan a mi espalda podrán asistir al examen cómodamente. Los, detenidos no son otros que las cuatro personas desaparecidas de sus domicilios. Estuvimos buscándoles sin obtener la menor pista. Transcurridas ocho horas, volvieron a sus casas y se comportaron normalmente. De nada sirvieron los interrogatorios, como saben, porque ellos no recordaban, siquiera, «que hubiesen desaparecido». Ahora vamos a someterlos a una clase de registro que no sospecharán. Si da resultado… temo que la población de Cosmoville se verá, obligada a permanecer ligera de ropa una temporada.

El obeso Erle Baker se humedeció los labios con la punta de la lengua. La perspectiva no le seducía en modo alguno. Jeff y Pandromer se levantaron los primeros para aceptar la invitación del inspector.

Bristol, accionando los controles, estableció conexión con la sala donde iba a efectuarse el registro comprobatorio. Era una pieza larga y rectangular, donde los cuatro detenidos ocupaban una especie de estrado y aguardaban, sin ocultar su emoción, bajo la luz potente de un juego de focos. Varios personajes, uniformados, pertenecientes al personal de la Jefatura, iban a dar comienzo al acto.

El sargento Candy entró entonces y autorizó, con una señal, el examen. Un perito subió al estrado y los fue mirando, por separado, tras la oreja izquierda. Su declaración, concisa y seca, tuvo algo de sentenciosa.

—Aún es posible apreciar las punzadas-notificó: —. El tiempo ha debilitado las huellas, sargento; pero no cabe duda de que el ataque se realizó de la misma forma que en el encargado Coutems.

—Prosiga-ordenó Candy.

—Aflójense los cinturones, caballeros.

—¿Para qué? —quiso saber uno de ellos.

—Necesitamos verles las piernas. Quítense los pantalones.

Hubo ligeras protestas; pero obedecieron seguidamente ayudados por los agentes que los rodeaban. Los policías esperaban en estado de alerta. Tal vez el número de los mismos y su decidido aspecto vigilante, los intimidó.

La cólera se pintaba en los rostros, resaltando que también se hallaban poseídos por la violencia. El perito no necesitó utilizar las manos para convencerse. A simple vista, podía apreciarse el violáceo abultamiento que destacaba encima de sus nalgas.

—Están atacados por la enfermedad parasitaria-dijo.

El sargento Candy acercó el rostro a la telepantalla, mientras los detenidos iniciaban un conato de rebeldía que era inmediatamente sofocado, de viva fuerza, por los agentes de policía.

—¿Lo ha visto, señor?

—Sí, sargento-afirmó Bristol —. Avisen al hospital y que les intervengan quirúrgicamente para extirpar el foco tumoroso. Cuide de que se les atienda debidamente. Sométalos a vigilancia lo mismo que a Coutems. Espero su informe, Candy.

—A la orden, señor.

Antes de que se obscureciese la pantalla, Jeff todavía alcanzó a ver confusamente la resistencia opuesta por los detenidos y la acción represiva de los policías. Bristol, girando en el sillón, paseó la mirada entre los silenciosos reunidos.

—¿Qué les ha parecido?

—Es abominable-gruñó Pandromer —. ¡Pensar que esos bicharracos pueden dominamos y poseemos igual que parásitos microbianos! ¿Qué sucede bajo su influencia, Bristol?

—No lo sé, Jones. Malcom nos lo explicará cuando termine sus análisis, aunque presumo que no será nada bueno. Por lo pronto, tenemos la evidencia de Coutems y esos cuatro atacados. Ellos, por sí solos, se muestran incapaces de advertir la enfermedad. El ataque, la amnesia momentánea y el tumor donde se aloja el parásito, es cuanto conocemos de momento. ¿Cuáles son los resultados? Confío en saberlo dentro de algunas horas. Después de la operación, en la que se les extrae algo así como un huevo azulado que segrega humor venenoso, los pacientes quedan sujetos a observación. La reacción de Coutems, ha sido en todo idéntica a la de cualquier operado. La fiebre no existe apenas y el organismo va reponiéndose gradualmente. Los cirujanos, suponen que el peligro cesará extirpando el parásito. Ahora bien. Nuestro problema se agudiza notablemente por cuanto desconocemos la cantidad exacta de ciudadanos atacados. Si solo fuesen cinco hombres, la situación estaba vencida y podría darse por resuelta. Sin embargo, temo que habrá muchos más.

—Soy de su opinión-dijo Erle Baker.

—Otros niños como el del ingeniero Wascott habrán encontrado ratoncillos azules-añadió Bristol —. Los creen inofensivos y también decidirán ahijárselos enseguida, convirtiéndolos en juguete preferido. Esos parásitos atacan cada día a un número más elevado de habitantes. Sabemos que operando, aislando el foco maligno, cesa el peligro. Pero ignoramos lo que puede ocurrir cuando la enfermedad ha tomado incremento y se ha apoderado totalmente del ser humano.

—¿No convendría prevenir a la población?

—La prevendremos, señor Wascott. Es nuestro deber. Aunque, necesariamente, debemos conocer antes los efectos y, sobre todo, el posible remedio. La parasitología es un campo trillado. La ciencia médica ha avanzado tanto, que actualmente existen antídotos para cualquier afección. Suministraremos lo necesario a la población civil y daremos batalla al extraño enemigo. Es la primera invasión que padece Cosmoville... y no podemos cruzarnos de brazos. La Historia del Espacio...

Sonó el mierozumbador, y Bristol bajó la palanca de comunicación.

—Hable, teniente Chishum.

—El cadáver de Mario Stompell presenta los síntomas de posesión parasitaria. Esta no se manifestó de forma total... y de ahí nuestra imposibilidad de averiguarlo antes. Al parecer, fue atacado y ha sido posible localizar los pinchazos delatores tras la oreja izquierda. El bicho, sin embargo, renunció a practicarle el corte y alojarse en su

nalga. ¿Por qué? El profesor Bird sustenta la teoría de que la inoculación ponzoñosa para privarle del sentido fue demasiado fuerte, y Stompell no la pudo resistir. Murió en el acto. Seguramente, el parásito no quiso meterse en un cuerpo sin vida. ¿Qué opina usted, señor?

—Admito la teoría. Recuérdele a Malcom que espero su informe, teniente Chishum.

—Ha salido hacia su despacho. Debe estar a punto de llegar.

—Gracias. Hasta luego.

Bristol sonrió a los presentes. La noticia pareció disipar alguna nube negra de su imaginación.

—El misterio se va aclarando —expuso—. Mario Stompell debió ser uno de los primeros atacados. ¡Dios lo quiera! Al privarle del conocimiento, le privaron, también, de la vida. Ese veneno no debe dejar materias residuales, y por ello fallaron los análisis y las electroautopsias. Tampoco existía violación externa, de su persona. De haber sabido el lugar exacto de las punzadas, hubiésemos conocido enseguida la naturaleza y el origen de la muerte. No lo sabíamos, y esto representó un inconveniente no pequeño. Nos impidió avanzar y la moratoria ha repercutido en todos. Bien —suspiró—. Celebro poder explicar de algún modo el triste fin de Mario Stompell. Creo que con ello se reducen las posibilidades sobrenaturales que inicialmente atribuíamos a los hechos. Nos hallamos ante una invasión nociva provocada por animales del espacio. Deseo que Malcom...

Alguien llamó a la puerta y Jeff, Pandromer y Baker se volvieron a mirar instintivamente. Era el licenciado en parasitología, un hombre joven, de frente despejada y rostro huesudo.

—Les presento a mi eminencia gris de laboratorio-declaró Bristol —. Los señores Baker, Wascott y Pandromer son invitados de toda confianza. Hable sin ambages, Malcom. ¿Ha traído el informe?

—Sí, inspector. El caso es más sencillo de lo que parecía. Nos hallamos ante una situación similar a la de las primeras épocas de la expansión espacial en el Universo. Hay precedentes en la historia. El archivero Martínez me ha facilitado toda clase de datos al respecto.

—Tome asiento. Oigamos ese informe.

—El parásito procede de Eros y su nombre técnico es «zyron erostare» —explicó Malcom, tras concederse medio minuto de tiempo para ordenar las ideas—. Sin duda, alguna astronave hizo escala en el planetoide y un «zyron» saltó dentro sin que lo advirtiesen sus tripulantes. Presumo, con razón, que los espaciopilotos. no fueron atacados, ya que de haber sucedido así jamás nos veríamos en semejante estado. El «zyron» estuvo incubando sus crías durante el vuelo interplanetario. Me consta que lo hizo por la profusión de atacados que empiezan a surgir.

—Un carguero de la ruta comercial… —convino Bristol—. ¿Cree usted, pues, que al aterrizar en el cohetódromo de, Cosmoville, el «zyron» escapó a tierra y comenzó su labor parasitaria?

—Seguro.

—Bien. Continúe.

—Los «zyrones» son una raza extraordinariamente prolífera, Se multiplican de una forma vertiginosa en pocos días y creo que las condiciones climatológicas de Cosmoville, creadas para defender la endeblez humana, facilitarán su rápida reproducción. Si solo se trata de uno, en efecto, ahora pueden existir cien. Si fueron varios, habrá miles. En el caso improbable de que lleven viviendo en Cosmoville poco más de dos meses… nos encontraríamos ante una invasión de millones de estos parásitos.

Un murmullo temeroso surgió de los reunidos. Jeff Wascott, inquieto, se revolvió en su asiento y pensó horrorizado en el pequeño Billy… ¡que tal vez habría encontrado otra «mascota» azul en el jardín! Pandromer, comprensivo, le apoyó una mano en el hombro, como deseando alentarle a desechar los tétricos temores.

—Algo parecido ocurrió cuando la primera expedición terrícola puso sus plantas sobre el asteroide Eros-añadió Malcom —. La enfermedad fue atajada entonces utilizando nebulizaciones de un compuesto antiparasitario denominado «Z-19». Podemos fabricarlo en los laboratorios y distribuirlo en partidas de diez mil cajas en tres o cuatro días. Me he permitido dar algunas órdenes en este sentido.

—Conforme —aprobó Bristol.

—¡Tres o cuatro días! —exclamó Jeff Wascott. ¡Tiempo suficiente para que la contaminación se generalice!

—Un momento —interrumpió Malcom—. También prepararemos preventivos, antídotos con los que inmunizar a la población no atacada, y hacerla resistente al veneno que destilan. Tengan en cuenta que somos ocho millones de almas. No puede improvisarse una vacuna de tan elevadas proporciones en pocos instantes.

—Tranquilícese, Wascott-pidió el inspector Bristol —. Todo se solucionará. Máxime ahora, que ya pisamos la verdadera pista. Resolverlo es asunto nuestro. Díganos algo más sobre los «zyrones», licenciado.

—Durante años se creyó que fueron exterminados de Eros. La estirpe se hallaba en vías de franca extinción cuando la última campaña nebulizadora de «Z-19» envolvió al planetoide. Acaso han vuelto a reproducirse al formarse nuevas especies por procesos genéticos químicos. La Ciencia demostró que su nacimiento, como muchas de las faunas del espacio, obedece a generación espontánea. Núcleo, plasma y protoplasma nacen por estímulo propio. De un residuo posado en cierto elemento natural puede surgir la incubación.

Igual que los microorganismos terrestres. Esto es algo complicado de explicar y prefiero soslayarlo. Un fenómeno interesante y que apasiona, favorecido por el clima ambiental de Eros, Las condiciones reproductoras se dan en este planetoide de modo asombroso.

—¿Por qué?

—No lo sé, inspector. Quizá un astrofísico podría informarle con conocimiento de causa. La distancia media existente de Eros al Sol es menor que la de Marte. Su ciclo anual comprende 648 días y el perihelio se encuentra a 1,13 unidades astronómicas de nuestro Mundo. Se ha averiguado que no es un astro esférico, lo cual ya representa de por sí una novedad, porque constituye una excepción notable para cualquier teoría sobre tensiones gravitoriales. Eros posee algo más de 170 kilómetros de diámetro y carece de atmósfera. Sus variaciones térmicas resultan solo soportables con fuerte aclimatación artificial y los sismógrafos todavía registran estremecimientos en sus capas de formación geológica más vieja. No lo sé, inspector —repitió —. Una serie de factores peculiares, al conjugarse, dan frutos extraños. Su flora es móvil y carnívora. Respecto a su fauna, peligrosísima para el ser humano... basta citar el ejemplo de los «zyrones».

—Se halla usted básicamente bien informado-aprobó el panzudo Erle Baker —. Cierto. Eros fue siempre un enigma entre la pléyade de planetoides que forman el ancho cinturón cósmico.

—¿Cómo operan los «zyrones»? —preguntó Bristol—. Vayamos a los hechos conocidos.

—Se lo diré. Conviene divulgarlo, si usted no se opone, porque la población vivirá prevenida entretanto preparamos grandes remesas de compuesto nebulizado y antídotos orgánicamente inmunizadores.

—Lo divulgaremos.

—El «zyron erostare» es un animal de aspecto apacible, manso, y, según experimentos, hasta domesticable. Martínez puso en mis manos sonobibliografía abundante sobre él. Atrae la protección ajena, siendo ésta una destacada cualidad natural que fomenta su peligrosidad.

—Billy Wascott fue una víctima de su atracción. Más cosas, Malcom.

—Su tamaño no excede de dos pulgadas y el peso jamás rebasa los treinta o treinta y cinco gramos. En los casos de gran desarrollo llega a cuarenta; pero ello constituye excepciones aisladas. Sus ojos amarillos están dotados de pupilas nictálopes. La cabeza es, en esencia, una masa larvatoria que cumple su función parasitaria y resulta asimilable en el cuerpo humano.

—Interesante-calificó Pandromer.

—Aparece recubierto de una piel rizosa, azul, que se descompone en tejido orgánico. La boca circular solo tiene por misión servir de pegajoso asidero. Una substancia porosa bajo estudio microscópico

descubre que se adhiere a la piel potentísimamente. Carece de dentadura propiamente dicha. En el interior de la cavidad bucal, oculta un aguijón que dispara sobre las víctimas elegidas, perforando la epidermis y actuando de aguja hipodérmica al descargar unas toxinas que privan del sentido y atacan la masa encefálica trastornándola como la de un amnésico circunstancial.

—Valiéndose de las uñas, abre una raja arriba de las nalgas y se introduce en la herida. La elección del lugar debe obedecer a la ausencia de elementos óseos y es, desde luego, complejo funcional atávico en estos animales. La descomposición ulterior de su piel azul opera de cicatrizante y los bordes rasgados no tardan en unirse, quedando encerrado dentro del cuerpo.

—Bueno. Ya tenemos al parásito alojado en su tumor.

—Enseguida, por procesos corruptores, inicia su metamorfosis parasitaria. Como principio, contamina la sangre. Esta, en su riego interior envenena todo el organismo. El parásito «zyron erostare» no es mortal por sí mismo; pero produce violentas sensaciones que afectan varios sistemas humanos.

—¿Cuáles?

—El circulatorio, respiratorio y cerebral, especialmente. Si la persona atacada padeciese alguna enfermedad, aumentaría su virus merced a la contaminación sanguínea. Los pulmones, transcurrido cierto plazo no determinado aún, sufrirían paralización y acabarían negándose a admitir y expulsar el aire. Esto sería... la muerte lenta por asfixia. El cerebro, órgano extremadamente sensible, muestra vestigios de pérdida de razón. La locura se llama «ezquizozyronea» y, substancialmente, se caracteriza por síndromes de agresividad, furor incontrolado y hasta patología homicida. La duración de los períodos se agudiza y termina por...

—¡Cállese! —gritó, exasperado, Jeff Wascott.

Los tres hombres que escuchaban embelesados la prolija explicación del licenciado en parasitología dirigieron la vista sobre el ingeniero espacial, desagradablemente sorprendidos por la interrupción. Jeff, de pie, mantenía apretados los blancos labios y crispada la faz.

—¿Qué le pasa? —increpó Bristol sin dulzura—. Malcom está cumpliendo con su deber...

—Perdónale, Bristol-intervino Pandromer conciliador —. Es comprensible su actitud. No le gusta escuchar algo que para él suena espantosamente. Su hijo Billy...

—¡Ya lo sé! Cualquier niño pudo pasar por el trance.

—Pero fue «precisamente» el suyo.

—Ello no es motivo para comportarse tan irreflexivamente, Jones.

—Dis... discúlpenme-suplicó Jeff, inclinando la cabeza —. Estoy

excitado... Esta sucesión de horribles descubrimientos me aturde.

—Creo que a todos nos conviene un poco de descanso-agregó el viejo Pandromer —. ¿Es necesario que permanezcamos aquí? Ya has averiguado lo más esencial y el resto es cosa propia de la Policía y el Cuerpo Médico. El ingeniero Wascott está preocupado por su familia.

—También yo lo estoy —se adhirió Erle Baker— ¿No podríamos regresar a casa?

—Sí —concedió Bristol, tras corta reflexión— Váyanse. Si me son necesarios volveré a ponerme en contacto con ustedes. Gracias por todo —miró a Jeff y concluyó—: Domine sus emociones. La serenidad es lo último que debe perderse en estos casos, Wascott.

—Intentaré sobreponerme.

Bristol y Malcom les estrecharon las manos antes de abandonar la habitación. Un turbovehículo aguardaba junto al alto edificio de la Jefatura Central de Cosmoville, y se acomodaron en él, dando seguidamente los domicilios al conductor. Jones Pandromer, sentado entre sus dos colegas, refunfuñó:

—Malditos sean mis presentimientos...

—¿Qué dice, doctor Pandromer?

—¡Oh, nada, señor director! Pensaba en voz alta.

Jeff Wascott, con la mirada perdida en un lejano e indefinible punto, tenía los puños crispados y una honda raya de preocupación cruzándole la frente. Parásitos de Eros, muerte por asfixia, locura homicida... ¡Dios Todopoderoso, cuánto anhelaba volver a estrechar contra su pecho a Belinda y a Billy! ¡Parecía que hubiese transcurrido un siglo desde que abandonó el tierno hogar!

# CAPÍTULO VI

## *EL HOGAR DE LOS WASCOTT*

El sonido runflante del turbovehículo se alejó calle abajo mientras en el aire todavía flotaban, disolviéndose, los gases exhaustivos del escape. Había llegado a casa.

De nuevo frente al blanco y querido «bungalow». Vuelta a aspirar los aromas que brotaban del jardín y a sentir, muy íntima, la sensación de bienestar que emanaba en torno.

La luz del comedor se hallaba encendida. Aunque era ya avanzada la noche, Belinda debía estar aguardándole. Jeff lo prefería. De todas formas no habría podido conciliar el sueño y ahora de nada valían los subterfugios para tratar de ocultarle la gravedad de la situación.

Con paso tardo y cansado, Wascott atravesó la cancela y anduvo por el sendero del jardín. Antes de que llegase a la casa, la puerta se abrió y la esbelta figura de su esposa quedó siluetada en el dintel.

—¡Jeff! —exclamó—. ¡Cuánto has tardado, querido!

—¡Ven a mis brazos, Relinda!

Se fundieron en un abrazo prieto y unieron los labios al besarse con pasión. ¡Qué grata sensación de mutuo apoyo! Ella comprendió al instante que Jeff atravesaba por una crisis decisiva, y no hizo nada para acortar la caricia.

El lejano y rojizo disco de Marte, destacando en la negrura estrellada del espacio, contempló sus cariñosas efusiones con la inexpresividad e indiferencia de un objeto decorativo. Luego, con los brazos rodeando las cinturas, el matrimonio entró en el hogar y cerraron la puerta a su espalda.

—¡Te he echado mucho de menos, Jeff!

—Yo también. ¿Dónde está Billy?

—Deseaba esperarte; pero el sueño le venció. Le acosté hará unas tres horas... Ponte cómodo, querido. ¿Quieres cenar?

—No... Comí unos bocadillos esta tarde. ¿Y tu?

—Bueno... Tampoco tengo apetito. Desde que recibí la telecomunicación he sentido inmensa inquietud. Piensa que soy una tonta, Jeff; pero ésta es la verdad. Hasta la señora Orcutte está preocupada. Algo ocurre en Cosmoville. Algo nuevo y espeluznante. Los turbovehículos de la policía no cesan de patrullar de un lugar a otro. Las ambulancias viajan en silencio, para no llamar la atención. ¿Sabes de qué se trata?

—Sí.

Ella esperó una aclaración, mas el hombre conservó su hermético

silencio.

—¿Algo relacionado con la Central Gravitatoria? ¡Corren por ahí toda clase de rumores alarmantes!

—No es nada que afecte a la seguridad cosmológica del planetoide —replicó Jeff, al fin—. Después te lo explicaré detalladamente... y hasta tendrás mi permiso para contárselo a la señora Orcutte. Dispondrá de tema sobrado para sus habladurías. No importa. Mañana, lo sabrán todos los habitantes de Cosmoville —consultó el reloj que ocupaba una de las paredes del comedor—. Mejor dicho; hoy lo sabrán. Dentro de pocas horas.

—¡Es tardísimo...! ¿Te apetece una taza de cafemo?

—La tomaré... si me acompañas.

—De acuerdo. Voy a prepararla.

—Mientras tanto, subo a echarle una mirada a Billy.

—No le despiertes. Te formularía muchas más preguntas que yo.

—Descuida, Bel. ¡Ah...! —añadió, apenas dados los primeros pasos.

—Dime, Jeff.

—¿Recuerdas el ratoncillo azul de que hablamos anoche?

—Sí. La mascota de Billy. ¿Te refieres a él?

—Exacto. ¿Ha vuelto... ha vuelto a rondar por el jardín?

—No he hablado de ello con el niño. Creo que se ha olvidado ya. ¿Por qué, Jeff?

—Simple curiosidad. Anda, ve a preparar el cafemo. Discutiremos de todo después.

Belinda le sonrió y se encaminó a la servo-cocina. Jeff comenzó a ascender la corta escollera que comunicaba con el piso alto, la planta destinada para los dormitorios. La sensación abrumadora iba abandonándole lenta y paulatinamente. Tal vez, porque ahora se hallaba en su elemento, viviendo el clima familiar de la casa.

En su imaginación, aún latían las emociones del día y la excitación investigadora del despacho del inspector Bristol. Pero la impresión empezaba a atenuarse, y ello le comunicaba serena ecuanimidad.

Billy reposaba tumbado de lado en el lecho. Había presenciado muchas veces su sueño infantil, aunque acaso nunca con la atención escrupulosa de aquel momento. La acompasada respiración daba al cuarto esa peculiar cadencia de ritmo y de vida. Lo besó suavemente en la frente y arropó uno de los brazos que pendía fuera del embozo. Sintiéndose aliviado, salió del dormitorio, cerró la puerta y descendió nuevamente al comedor.

Las costumbres no tardarían en alterarse para todos. Billy no acudiría a la escuela hasta que la situación se normalizase. La policía daría principio a los registros domiciliarios y a las nebulizaciones

masivas empleando el compuesto «Z-19». Inocularía antídotos a toda la población. Aislaría a las personas atacadas y vendría la guerra médica contra el enemigo llegado desde Eros. Cosmoville atravesaba por un momento crucial en la página casi blanca de su historia.

Encendió un cigarrillo. Oía a Belinda moverse por la servococina y el aroma característico del cafemo —infusión no tóxica de un grano parecido al café cuyas plantaciones, ocupaban inmensas zonas en la lujuriante jungla venusiana— se esparcía por la casa, llenándola de vivificante perfume.

No tenía sueño. Tal vez pasase la noche en vela, porque invertiría mucho tiempo relatando a su esposa las incidencias acaecidas. Mañana también le aguardaba un día de prueba en la Central Gravitatoria.

—¿Cómo va eso, Bel? —inquirió.

—Terminando-repuso ella —. Lo serviré dentro de medio minuto.

Jeff no podía seguir ocioso. La falta de ocupación traía a su mente un tropel de pensamientos infaustos. Fumando, deseoso de compañía, anduvo hasta la limpia cocina y entró en el momento en que su mujer apagaba el hornillo de oxigenación sólida.

Quizá por cumplir una costumbre, una especie de rito establecido a fuerza de años, Jeff la abrazó por detrás y fue a besarla tiernamente detrás de la rosada orejita. Era una acción idéntica a la de cada día. Repetida hasta la saciedad. Una caricia que ya formaba parte del ritual hogareño. Pero entonces no ocurrió como siempre...

Jeff se quedó helado de espanto. ¡Convertido en un bloque polar! Detuvo los, labios a un centímetro de la nuca y gritó sobrecogedoramente... ¡«porque tres puntos diminutos aparecían detrás de la oreja izquierda»!

—¡Belinda! —rugió.

—¿Qué tienes, Jeff? —preguntó ella, revolviéndose alarmada.

—¡Belinda! Debo estar loco... ¡porque no es posible!

El horror brillaba en los ojos desorbitados de Jeff y la mueca de su cara infundía terror. ¡Belinda Wascott, su propia esposa, atacada por los «zyrones erostare»! ¡Increíble y dramático!

El máximo testigo de Cosmoville, el hombre que puso en jaque a la policía y ofreció la primera pista concreta... ¡pasaba ahora por la experiencia más abrumadora de su vida!

—¿Cuándo ocurrió? —quiso saber, cerrando las fuertes manos en los hombros de la mujer y zarandeándola.

—¡Déjame, Jeff! ¡Me lastimas! ¿Qué error he cometido para irritarte de esta forma...?

—Dime la verdad. ¡Tengo derecho a saberlo! ¿Cuándo te atacó el «zyron»? ¡Es de vital importancia para establecer el grado de contaminación...!

—Jeff... ¿qué estupideces estás diciendo? ¡Vas a despertar a Billy! ¡Domínate, querido!

—¿Estupideces...? ¡No son estupideces! ¡Súbete la falda!

—¡Quieto!

Belinda se apartó de su esposo como si las ávidas manos de éste fuesen abrasantes hierros al rojo. Trató de huir. Jeff la aferró por las muñecas, rechinando los dientes de emoción, y pugnó por palparle el cuerpo. ¡Se retorcía igual que una serpiente de cascabel!

—¡Suelta! —chilló Belinda—. ¡Suéltame, insensato!

La resistencia fue tan violenta que ambos estuvieron a punto de perder el equilibrio. ¡Insensato! Le había llamado insensato... ¡«su propia mujer»!

Aquel arrebato solo podía obedecer a una causa activa, ¡El síntoma de furor se manifestaba en ella, igual que le sucedió a Coutems y a los restantes atacados! ¿Tendría que pasar otra vez por los anteriores aprietos?

El recipiente que contenía el cafemo se estrelló en el suelo y desparramó el negro líquido a sus pies. Forcejearon. Belinda no pidió auxilio. La mirada de los hermosos ojos se advertía extraviada, llameante... ¡demencial! Era una preciosa fierecilla transformada en galvánico amasijo de nervios en tensión. ¡Toda defensa!

Luchaba con una fiereza que jamás hubiese podido sospechar. Los utensilios domésticos que almacenaba un estante se desparramaron ruidosamente, saltando en todas direcciones con retumbos metálicos. No decrecían sus energías. Al contrario. Por instantes se la veía poseída de una furia combativa estremecedora.

—¡Tienes que obedecerme! —jadeó Jeff— ? ¡No te opongas, porque la excitación agrava el mal!

—¡Asesino traidor! ¡Loco! ¡No consentiré que me mates...!

—¡¡Belinda!!

Ella estaba sorda a sus órdenes. No le oía. Solo podía entender la orden mental que la arrastraba a un abismo colérico e irrefrenable. Casi se hallaba impotente para dominarla. Se escurría entre sus brazos con felinos tirones de animalillo atrapado. Logró, estirando el ágil cuerpo, liberar una mano... ¡y abofeteó a Jeff Wascott en pleno rostro! ¡No le reconocía!

Brillantes los ojos, entreabierta la ansiosa boca y confundida la mente... ¡Belinda solo pensaba ahora en deshacerse de la opresión empleando cualquier medio! ¡«Cualquier medio»!

Sin dejar de forcejear —aliento con aliento y trementes de un odio fosco, ruin— los esposos pelearon hasta que Jeff pudo acorralarla en un ángulo de la pared. Belinda se defendió con uñas y dientes. Un sangrante arañazo cruzó la mejilla del hombre y el dolor le atenazó cuando ella le propinó un mordisco feroz en el cuello.

La mano libre de la mujer, que tanteaba la repisa vitreoacerada del congelador atómico de alimentos, tropezó con el mango de un cuchillo de cocina. Jeff vio el destello de la luz nada más blandirlo en el aire. Entonces, transido el corazón por lo que se veía obligado a realizar, le asestó un puñetazo en la barbilla y tuvo que sofocar un quejido agónico ante el desencajado gesto de su esposa.

Poniendo los ojos en blanco, sumida en la inconsciencia, las rodillas se le doblaron y Jeff la sujetó en alto para impedir que cayese desplomada. El silencio, súbito y horrible, se adueñó totalmente de la pieza. El rebote del cuchillo en tierra casi le ensordeció. Estrechándola fuertemente contra el pecho, a punto de quebrarse en sollozos, el hombre gimió con ronca voz:

—Perdóname, cielo… ¡Perdóname, por Dios!

La alzó en vilo y, desorientado, llevando la liviana carga por el pasillo que ahora parecía interminable, anduvo hacia el comedor. ¡Belinda atacada! ¡Belinda inconsciente y enferma! ¿Qué podía hacer? ¿A dónde dirigirse? ¿Qué iba a ser de los Wascott sin su insubstituible presencia?

—Perdóname, Bel, querida… ¡Era necesario! ¡Oh, tú no logras comprenderme todavía!

Dulcemente, con todo el amor de que era capaz, la depositó encima del diván de muelles gaseosos. Los párpados violáceos, los labios incoloros y la contusión obscura dejada en la barbilla lechosa por el impacto duro de los nudillos, le hicieron sentirse despreciable, malvado como un criminal.

Temblaba. Ese temblor de frenesí, de culpabilidad. ¡Belinda precisaba cuidados médicos urgentes! ¡El bulto de su nalga patentizaba la progresión del abominable parásito! Solo extirpando el tumor podría verse libre de la amenaza de muerte. Asfixia, envenenamiento de la sangre, locura cerebral. ¡No! ¡Jamás! ¡Ella tenía que ser salvada a tiempo!

Corrió hasta el telecomunicador, tropezando con un mueble fumador que quedó tambaleándose. La pantalla se iluminó sin chasquidos, vividamente. La teleoperadora sonrió con estudiada y amable cortesía. Sus cejas finas se arquearon, sin duda al ver el demoníaco semblante del usuario.

—¡Póngame con la Jefatura Central! —ordenó Jeff—. ¡Directamente con el inspector Bristol! ¡Es un asunto de máxima importancia!

Entonces, sobresaltado, escuchó los menudos pasos que corrían por la casa. En la pantalla había aparecido la espiral roja de telecomunicación. Llamaban. La imagen no variaría hasta que obtuviese la conexión.

—¡Papá! ¿Por qué está mamá tan pálida? ¡Ha muerto!

—No digas eso… ¡Billy, hijo mío! ¡Ven aquí enseguida!

Lo abrazó. El niño lloraba. Era demasiado rudo el choque para su psicología infantil. Instintivamente, deshecho en temores, recorrió su cuerpecillo con manos afanosas. ¡No existía bulto! El niño —¡gracias a Dios!— seguía ileso. Su llanto le atravesaba el alma, traspasándola sin piedad. ¿Cómo explicarle la verdad? ¿Cómo justificar que su puño causó la pérdida del sentido? ¡Nunca podría soportar el odio de Billy!

—Tengo miedo, papá… ¡Tengo mucho miedo!

—No es nada… Se curará… Yo te diré lo que ha pasado…

—Jefatura Central de Cosmoville a la videoescucha —canturreó una voz de inflexiones microfónicas—. Despacho del inspector Bristol…

# CAPÍTULO VII

*PATRULLA DE VOLUNTARIOS*

La a señora Orcutte siempre fue considerada por Jeff Wascott como una arpía. No le agradaba. Criticaba a todo ser viviente y había convertido el husmear en los asuntos ajenos en una ciencia metódica y venenosa que practicaba a diario.

Habitualmente, no dispensaba excesivo trato a los vecinos. Aquella noche —en la que el Universo entero parecía haberse desmoronado sobre su cabeza— la señora Orcutte le causó una impresión distinta, insospechada, y la hubiese cubierto de agradecidos besos por su acción.

—Deje a Billy en mi casa-ofreció —Yo lo cuidaré como a un hijo, señor Wascott. Las mujeres entendemos mucho de estas cosas y al pequeño no le conviene frecuentar ambientes extraños. Jamás se borraría de su mente el recuerdo de haber permanecido en una guardería municipal. Yo conozco, por Belinda, el régimen alimenticio adecuado y sus costumbres, No se sentirá incómodo a mi lado.

—Es usted muy buena, señora Orcutte —replicó Jeff embarazosamente—. No tengo derecho a causarle molestias...

—¡Quite, señor Wascott! —sonrió la anciana—. Yo no soy buena. Todo el barrio me considera una chismosa, con razón..., y me sorprende que usted no participe de la misma opinión. Se lo agradezco. Acudí a meter la nariz cuando se produjo el escándalo en la cocina. Ahora comprendo la verdad, porque los boletines televisados informan a la población del peligro que corremos. Déjeme a Billy y vaya al lado de su esposa. Ande, señor Wascott. No se haga de rogar. ¿Con quién iba a estar mejor su hijo?

—Pues...

—Pregúntele a él, si lo duda.

Jeff se volvió a mirar al pequeño. El prolongado llanto había trastornado su carita de continuo feliz, pero aún consiguió sonreír. Dejaría que el niño pronunciase la última palabra.

—Prefiero quedarme con Ana, papá —dijo—. Ella y yo nos entendemos bien. Mamá se alegrará de saberlo... y puesto que no me dejan estar a su lado, me sentiré más feliz con Ana que en ese sitio donde guardan niños sin familia.

Billy resolvió el pleito y la señora Orcutte prometió dedicarle todo su tiempo, cuidando especialmente de que las «dichosas ratas azules» no le contaminasen.

Cuando Jeff se personó en la Central Gravitatoria —con un

retraso considerable sobre el

horario establecido —llevaba el ánimo tranquilo y una cierta seguridad alentadora en el corazón. Sí. Le gustaba admitir sus errores. La señora Orcutte era, en efecto, la persona idónea para ocuparse del asunto. Nunca más volvería a tildarla despectivamente de «bendita chismosa». Acababa de recibir una lección sobre solidaridad vecinal y espíritu maternal. Así son las mujeres cuando llega el caso. Admirables en su sencillez. Y ejemplares.

Fue directamente al despacho particular del doctor Pandromer. Era su deber informarle, tanto por su condición de subordinado como de amigo. Le explicaría lo ocurrido. Belinda fue atacada por un parásito y ahora se hallaba en el Hospital General, internada después de la intervención quirúrgica para extraérselo. Billy permanecería con la señora Orcutte.

De hecho, el hogar de los Wascott había sido desmembrado por la invasión horrible de los «zyrones erostare». Las últimas noticias recibidas le tranquilizaron respecto al estado postoperatorio de su esposa. Los cirujanos actuaron a tiempo. Se eliminó el foco contaminatorio y parasitario. Era lo único afortunado de aquel triste suceso, porque otros muchos ciudadanos de Cosmoville no podían cantar victoria todavía.

Parálisis pulmonares, infecciones sanguíneas y hasta períodos avanzados de la «ezquizozyronea» los aquejaban cuando fueron transportados al Hospital. Un caos estremecía a la superciudad. Un caos de muerte, dolor y pánico.

Pandromer autorizó inmediatamente la entrada al saber de quién se trataba. Le recibió con la mano tendida y una mirada cariñosa en los ojos. El viejo no intentó mantener su gesto irónico. Había sinceridad en la voz al declarar:

—Lo siento mucho, Jeff. Un mal trago, es cierto. Por fortuna se llegó a tiempo y la extirpación no ofreció complicaciones clínicas. Anímese. El licenciado Malcom afirma que los «zyrones» nunca repiten el ataque a las personas que ya lo sufrieron una vez.

Jeff lo miró sin disimular su sorpresa mientras aceptaba el asiento que el viejo le ofrecía.

—¿Cómo lo supo? Ahora me proponía contarle la verdad, doctor.

—Bristol me lo comunicó a primeras horas del día. También me dijo que seguramente debería prescindir de sus servicios. Es una excelente persona... a pesar de que a veces levanta el gallo. El ingeniero Spencer ocupa su puesto asesorado por su ayudante Fíower. Tómese unos días de licencia. Con la cabeza llena de preocupaciones no es aconsejable desempeñar un trabajo delicado que exige la máxima concentración.

—Acaba de solventarme usted la papeleta... sin necesidad de

pedirle nada. Gracias, doctor.

—¿Y Billy? ¿Está bien atendido?

—Lo he dejado a cargo de… de una vecina. No hay cuidado.

—Lo celebro. Vuelva al lado de su esposa, Jeff. A ella le agradará verle cuando abra los ojos. Bristol ha hablado con el director-médico del Hospital. No le pondrán obstáculos.

—Gracias, doctor-repitió Jeff emocionado —. No encuentro otra palabra para manifestarle mi reconocimiento…

—Es la palabra más simple y más explícita.

Hasta la vista, Jeff. Manténgame al corriente… y salude a la enferma de mi parte.

Belinda Wascott ocupaba una habitación soleada y amplia, donde convalecían seis mujeres más, recién operadas. Todas ellas —según manifestó la enfermera Dickson— se encontraban ahora fuera de peligro. La numerosa plantilla del Hospital General andaba muy atareada debido a la constante afluencia de nuevos «casos», que ingresaban de continuo. La guerra contra el invasor de Eros se libraba a ritmo eficiente y vertiginoso.

—Le traigo una sorpresa, señora Wascott —anunció la señorita Dickson—. Disponen de cinco minutos para decirse…

—¡Jeff! —exclamó Belinda—. ¡Vida mía!

—¿Cómo te encuentras, querida? —se interesó él, con acento inseguro.

—Jeff… Siéntate a mi lado. Muy cerca. ¡Oh, Jeff, qué torturante separación!

La enfermera esbozó una risita plácida y recordó al ingeniero:

—Solo cinco minutos. No la permita hablar demasiado, señor Wascott. Está débil. Volveré a recogerle transcurrido el plazo.

Los seis pacientes femeninos dirigían miradas de envidia a la mujer que disfrutaba del privilegio. ¡También les hubiese agradado poder conversar con sus familiares más queridos! Pero el reglamento del Hospital se caracterizaba por su rigidez. Acaso se trataba de algún hombre importante. Un personaje de Cosmoville. Vieron como el ingeniero acariciaba los revueltos cabellos de Belinda y la besaba, tímido, en la frente. ¡Aquello sí que podía considerarse aliviador para un convaleciente!

—¿Y el niño? —musitó ella, después de una pausa contemplativa.

—Bien. La señora Orcutte lo cuida. Me avergüenza haber pensado tan mal de ella. ¿Cómo te tratan?

—Perfectamente. No debes preocuparte. Ahora… ahora ya sé la verdad. El doctor nos explicó a todas lo sucedido. Dijo que no éramos dueñas de nuestros actos. Tú… tú me has perdonado, ¿verdad?

—Enseguida. Anoche yo conocía los hechos tan bien como hoy el doctor de que hablas.

—Creo que nunca podré empuñar un cuchillo de cocina sin recordar lo cerca que estuve de clavarlo en mi propio esposo. ¡El ratoncillo que Billy creía inocente! ¿Sabes? Dicen que hay más de trescientos internados en el Hospital y que los veinte quirófanos trabajan sin descanso.

—Eso debe tenerte sin cuidado. La situación será dominada fácilmente. Lo importante es que tú sanes pronto y vuelvas a casa. Te necesitamos. Aquello está demasiado vacío sin tus risas.

Alguien tocó el hombro de Jeff y, al darse la vuelta, descubrió el blanco uniforme de la enfermera Dickson. Había terminado la visita. ¡Cuán corto resulta a veces el tiempo! Hombre y mujer, cariñosos, se contemplaron. Una mirada intensa, de despedida. Casi sentían como si una garra cruel los arrancase de viva fuerza, Jeff desprendió su mano de los dedos tibios de Belinda.

—¿Cuándo te veré, Jeff?

—Mañana-prometió él, sin sospechar que tardaría bastante más —. Vendré a diario, querida.

—Adiós. Besos a Billy.

—Adiós. Se los daré por ti.

La sala quedó atrás. La enfermera Dickson le guió por el dédalo de pasillos hasta el vestíbulo de la planta correspondiente, donde podría tomar el ascensor que lo trasladaría doce pisos más abajo, a la salida. Mañana visitaría de nuevo a Bel. Jeff se sentía otro hombre, vigorizado y animoso, porque Belinda superó la gravedad y atravesaba ahora el franco período de curación.

Las jaulas de emergencia no cesaban de vomitar personas inconscientes, tendidas en las camillas que transportaban aparatos autodirigidos rumbo a los quirófanos. Contemplando aquel panorama doliente se llegaba a pensar que los ocho millones en peso de habitantes estaban atacados por los «zyrones» parasitarios.

Un grupito de personas, empleados del Hospital mayormente, aguardaban el regreso del ascensor. Jeff se aproximó a ellos y pudo escuchar la conversación que mantenían dos jóvenes.

—Las teleemisoras han interrumpido todos los programas anunciados y continúan repitiendo las instrucciones para la población civil —decía uno—. A estas horas no existe un solo habitante de Cosmoville que desconozca la amenaza y el peligro de los «zyrones». Pronto comenzará la inoculación de antídotos en masa partiendo de las postas sanitarias, las estaciones clínicas y los hospitales. Todas aquellas personas que descubran un familiar o amigo con punzadas tras la oreja y bultos en las nalgas, están obligados a denunciarlo enseguida. Es por el propio bien colectivo. Se han establecido recompensas para quienes exterminen el mayor número de esos bichejos. La animación que reina en las calles me recuerda el vértigo

de las guerras interplanetarias. El ejército invade la ciudad...

Un zumbido anunció que llegaba el ascensor. Las puertas automáticas se deslizaron por los paneles invisibles y el grupo entró en la cámara móvil, mezclándose con los ocupantes recogidos en las plantas superiores. Todos guardaban un tenso y penetrante silencio.

Jeff salió de los últimos cuando terminó el descenso, y cruzó el vestíbulo. Antes de alcanzar la salida, ya pudo advertir el ajetreo de turbovehículos que sin descanso se estacionaban en la explanada del Hospital. Más atacados. Más «casos» urgentes. La plaga parasitaria reinaba a placer.

Estaban en guerra. Conmocionados. No hacía falta preguntarlo a nadie, porque la evidencia resaltaba con fuerza propia. Empeñados en una guerra feroz contra un enemigo minúsculo y azul, que se multiplicaba con rapidez y causaba bajas a cada segundo.

Malcom fue certero al emitir su informe. Quizá había miles de personas contaminadas cuando Jeff tuvo la fortuna de presenciar el ataque de Coutems. Acaso la batalla iba a ser ganada por los «zyrones» si la colonia terrícola de la superciudad del espacio no activaba pronto los preparados de «Z-19» y el deseado antídoto parasitario.

Pensando en ello, no demasiado jovial, se alejó del Hospital general. Las gentes se miraban entre sí, recelosas, reaccionando de formas casi cómicas. Los ojos buscaban las nucas de los transeúntes con quienes se cruzaban. La psicosis ciudadana se manifestaba en semillero prolífero que alcanzaba a todos. Las sirenas extrasónicas de los vehículos policiales y sanitarios daban una excitante palpitación a las avenidas y rectilíneas vías de Cosmoville. La población entera se hallaba perturbada, estremecida, desorientada por la sucesión de acontecimientos nuevos.

Jeff Wascott, un tanto hastiado, decidió, de pronto, que necesitaba un trago de algo fuerte. Una bebida alcohólica. Lo necesitaba para que le tonificase y también, como celebración a la mejoría de Belinda. Billy seguiría bien atendido. Su presencia no era necesaria en la Central Gravitatoria gracias a la gentileza del doctor Pandromer. No tenía, pues, por qué precipitarse. Tomaría las cosas como viniesen. Pero alegremente.

Bebería una copa. Allí cerca, junto a la esquina, destacaba el rótulo animado de movimientos de un bar. Se llamaba «Marcian Club». Justo lo ideal para su estado de ánimo.

Entró y fue hasta la barra. Servomecanismos autocontrolados atendían al servicio de la escasa clientela. Pidió «whisky». Nada de mixturas desalcoholizadas. «Whisky» puro. La ocasión merecía un trago de algo que recordase su laudable categoría de terrestre.

Una telepantalla ocupaba el fondo del establecimiento automático. La voz familiar de Donald Ibáñez Shaw —el «telespeaker»

más popular de Cosmoville— dirigía un mensaje a los ciudadanos.

—Es un deber cívico, amigos teleescuchas —decía—. La plaga puede haber comenzado hace tiempo. La extirpación es un trabajo quirúrgico sencillísimo, exento de peligro para el naciente, y el remedio más eficaz para salvar la vida de los atacados. Miren a sus hijos. A sus esposas y familiares en general. A todos. Tres pinchazos detrás de la oreja y un bulto encima de la nalga delatan el estado parasitario. Les bastará una simple telecomunicación para que el servicio móvil de recogida se ocupe de salvarles del mal. Esperamos sus avisos. Las personas que oculten la enfermedad serán castigadas severamente...

Jeff encendió un pitillo y fumó deleitosamente. El opalino vaso de «whisky» le fue servido con un cubito de hielo tintineando en su interior, a la vieja usanza terrícola. Echó el primer trago y el licor se deslizó como fuego líquido garganta abajo. Lo inundó una fuerza que irradiaba calor por todos los rincones de su organismo. Los nubarrones mentales empezaron a disiparse lo mismo que si rachas de viento los empujasen fuera de la cabeza.

Después del primer vaso, encargó otro y encendió el segundo cigarrillo. Donald Ibáñez Shaw se despidió de su teleauditorio y anunció que la próxima emisión sería reanudada treinta minutos más tarde. La pantalla quedó en sombras. Jeff se sentía a gusto en su banqueta y no abandonó el local todavía.

La falta de costumbre hacía que el «whisky» le enardeciese la sangre. Empezó a aborrecer, a odiar con toda su alma, los malditos ratoncillos de piel azul. Se sintió belicoso y batallador.

¡Ellos tenían la culpa de que Belinda se encontrase postrada en el lecho hospitalicio! ¡Debían destrozarlos sin piedad!

Quizá transcurrió bastante tiempo rumiando interiores arengas y amasando ideas belicistas de destrucción. Lo cierto, lo únicamente cierto —y que recordaba con mayor claridad— fue la entrada en el «Marcian Club» de un hombre uniformado, luciendo galones de sargento en su casaca de Policía del Espacio. Entonces, resonando en su cerebro con la sonoridad de un amplificador, escuchó su voz potente y autoritaria. Una voz que poseía el magnetismo de la persuasión.

—¡Ciudadanos! Cosmoville os necesita a todos. Cuantos carezcan de ocupación obligada, tienen el deber de ayudamos en la campaña iniciada contra los «zyrones» de Eros. Mientras los laboratorios preparan los medios científicos para derrotar tan maligna plaga, los hombres libres no podemos permanecer cruzados de brazos. Hay tarea para todos. ¡Alistaos en las Patrullas Cívicas de Voluntarios! ¡Vamos a luchar!

Dos vasos de «whisky» no es dosis excesiva para el ser humano.

Jeff los había bebido solo como estimulante. Pero la carencia de hábito y el casi austero régimen de vida que llevaba en Cosmoville, transformaron la simple estimulación en verdadero furor combativo.

Aquel sargento, espoleando diestramente estímulos, faltaba para acabar de atizar la hoguera que ardía en el estómago y la mente del ingeniero. Sin saber por qué, acaso ganado por la corriente que emanaba de la voz enérgica, abandonó el mostrador y se unió al grupo que ya tomaba efervescencia en torno al sargento.

—¿Cómo se llama? —preguntó éste contestando a su requerimiento.

—Jefferson Wascott.

—¿No tiene empleo?

—Estoy de permiso. ¡Mi esposa fue atacada por un «zyron»!

—¡Usted es de los nuestros, Wascott! —decidió el sargento—. ¡Queda admitido! ¡Síganme los demás!

Sí. Iba a luchar. Apiñotándose por ser los primeros, la clientela en peso del «Marcian Club» salió a la calle, ocuparon el interior de un amplio turbovehículo de transnorte estacionado junto a la acera y se consideraron con arrestos para aplastar un millón completo de ratoncillos azules. ¡Les importaba un comino que todavía careciesen de gasificadores para esparcir el mortal «Z-19»!

Cuando los dotaron de proyectores de fuego líquido se consideraron bizarros defensores de una gran Cruzada purificadora. ¡Bastarían para achicharrar al repugnante enemigo parasitario! Con aquellas armas terribles sembrarían tantos destrozos, que ni uno solo de los menudos invasores escaparía con vida. Acosarían a los parásitos, buscándoles en una caza atroz. Irían a sus propios cubiles. ¡Eliminarían a la legión maldita que infectaba Cosmoville!

El sargento Pommery de la Policía del Espacio dirigió la operación apenas abandonaron el bar. Otros turbovehículos de transporte, igualmente cargados de tropas voluntarias, se cruzaban de continuo a su vertiginoso paso por las arterias urbanas que cuadriculaban el terreno de la superciudad. ¡A la guerra! ¡Muerte a los «zyrones»! ¡Libertad para la plataforma que gravitaba más allá de Marte!

# CAPÍTULO VIII

## *EL ENEMIGO AZUL*

En el ánimo sereno y la mente clara, Jeff Wascott nunca se hubiese agregado a la Patrulla de Voluntarios.

No era belicista. La paz constituía su credo, y lo cumplía invariablemente. Pero ni su ánimo ni su mente estaban claros.

Quizá el «whisky» tuvo la culpa. Ciertamente —pensó más tarde- el alcohol le proporcionó tanto valor combativo como si hubiesen inyectado a su cuerpo la pasmosa «fixofilina[2]». A veces, hasta deseaba sentirse sumergido en el vértigo de la lucha.

Ahora, un poco más calmado de sus ardores guerreros, Jeff reconocía que se había dejado arrastrar. Pero el reconocimiento llegaba demasiado tarde para retroceder. A lo hecho pecho.

Y su alistamiento en la cuadrilla de ciudadanos-soldados «estaba hecho» definitivamente.

Según les explicó el sargento Pommery, muchas de las denuncias que se recibían en la Jefatura Central de Cosmoville dando cuenta de personas atacadas por el parásito y urgiendo su recogida, ponían de manifiesto la existencia de zonas donde la presencia de los «zyrones» resultaba alarmantemente visible.

Estas zonas, de haber poseído el compuesto «Z-19», habrían sido rápidamente nebulizadas y desprovistas de peligro contaminatorio. Pero los laboratorios todavía trabajaban en la elaboración de las primeras remesas del compuesto salvador y, en consecuencia, la limpieza debía realizarse apelando a los medios de que se disponía. He aquí su cometido. Ello encerraba un indudable riesgo que Pommery no quiso ocultar a los voluntarios. Todos se mostraron conformes con la perspectiva. Incluso Jeff.

De momento —en espera de órdenes— las Patrullas se concentraron en el sector sur de Cosmoville. Allí esperaban el mandato de lanzarse al combate unos cincuenta turbocarros y sus respectivas dotaciones.

Los pelotones actuarían individual o coordinadamente, según lo aconsejasen las circunstancias que eran, en definitiva, las que mandaban a la hora de aplicar la medida operativa.

Armados, tensos y sin ocultar la emoción que les producía su nueva condición cívico-militar, los voluntarios esperaban el momento de recibir el bautismo de fuego. Los servicios sanitarios y policiales surcaban las rutas en todas direcciones, acudiendo a los lugares donde se requería su inmediata presencia. Los equipos de teleescucha

emplazados en el improvisado Cuartel general de la concentración mantenían estrecho contacto con los jefes.

La espera acabó haciéndose agotadora para algunos —los más nerviosos— y, en términos genéricos, todos terminaron deseando el primer chispazo de acción que pondría en movimiento el engranaje protector formado por los ciudadanos.

El chispazo brotó, de pronto, y las conversaciones con las que se pretendía matar el tiempo cesaron inmediatamente dentro del turbo-vehículo. El sargento Pommery, requerido por el teleoperador oficial, acudió para empaparse de las órdenes del Mando. Jeff Wascott escuchó la información.

—Una mujer ha denunciado la presencia de «zyrones» en la zona S-406 del Plano. Según ella, vio correr y brincar una bandada que quizá correspondía a media docena. Se ocultaron en la referida zona S-408. Vaya a investigar, Pommery. Recomiende a los voluntarios de su grupo que no se precipiten. Recuerde que esos animalillos pueden representar otras tantas víctimas. Caso de que usted descubra un «nido» o madriguera importante, comuníquelo al Mando. Le enviaríamos refuerzos.

—A la orden, capitán.

—Suerte. ¡Y buena caza!

Pommery se volvió hacia los hombres que aguardaban su decisión y les dedicó una expansiva sonrisa.

—¡En marcha, amigos! —anunció—. ¡Vayan preparando sus proyectores de fuego líquido! Ahora pasaré a la cabina para indicarle el camino al conductor. Ya me reuniré con ustedes después. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sargento —contestó jovialmente uno de los voluntarios—. ¡Ardo en deseos de organizar un buen asado de «zyrones»!

La Patrulla la componían ocho hombres y el propio Pommery. El turbovehículo arrancó trazando a su paso las nubes rojizas del escape, enfilando por la anchísima y llana Gran Avenida Estelar, que recorrió a una velocidad endiablada. Por las ventanillas laterales, Jeff pudo contemplar la borrosa mancha de una hilera de edificios en los que no era posible distinguir detalles.

Se hubiese dicho que la silbante potencia del motor a reacción impedía que las ruedas rozasen el suelo. De cuando en cuando, con sonido seco de restallido, otros vehículos cruzaban en dirección opuesta.

La agudeza perforante de la sirena extrasónica, parecía haberse clavado en lo más hondo de su cerebro. Los virajes y patinazos, empujaban entre sí a los ocho voluntarios, ninguno de los cuales hablaba. Debían pensar. Sufrir ese tormento de la duda. Acaso,

arrepentirse de su acción. Pero estaba seguro de que, llegado el momento, darían el pecho con verdadera voluntad.

En dos minutos y una fracción, el pelotón fue desembarcado a la entrada de un abovedado túnel cristaloférrico, surcado por la complicada red monorraíl y ocupado por multitud de vagones del subtrén. El extenso complejo ferroviario poseía algo de monstruoso en medio del silencio y las penumbras de la cochera.

Apenas saltar al suelo, Pommery, también armado con un proyector ígneo, se puso al frente de la Patrulla.

—Abran bien los ojos —ordenó—. Los «zyrones» tienen tendencia a vivir en colonias. Lo hemos averiguado recientemente. Nosotros designamos con el nombre de «nidos» a las madrigueras… y no me extrañaría nada que por aquí encontrásemos un pequeño ejército. Mario Stompell, el primer atacado oficial, apareció sin vida en un terminal del subtrén.

Avanzando a buen paso, escudriñando celosamente en derredor, se adentraron en el túnel de la cochera y llegaron hasta la encrucijada de galerías que correspondían a los talleres.

El alumbrado mercurial iluminaba las bifurcaciones secundarias y daba al ambiente un extraño tono pálido que parecía sobrenatural. No se veía ningún ser humano, porque los trabajadores lo desalojaron previamente por indicación del Mando. Casi todas las zonas industriales de Cosmoville habían sido evacuadas, en evitación de que los parásitos encontrasen lugares abundantemente poblados.

—¡Allí! —gritó alguien impensadamente—. ¡He visto un «zyron»!

El aviso actuó con la rudeza de un latigazo sobre los erizados sentidos de Jeff. ¿Qué pensaría Belinda si pudiese verle metido por voluntad propia en aquella mascarada exterminadora? ¡Belinda! ¡Su adorada y sufrida Belinda, una presa más de los odiosos parásitos!

La voz abrió largos ecos en la vacía cavidad de la galería. Giró en redondo, empuñando el culatín del proyector con fuerza.

—¡Disparen!

Cierto. ¡Ciertísimo! Un animalillo de Eros, mirándolos con sus ojos amarillos y fosforescentes, brincó desde la obscuridad de un recoveco y trató de ocultarse en los talleres.

Jeff oprimió el gatillo al mismo tiempo que lo hacían otros dos miembros del pelotón, y las tres llameantes rayas de fuego líquido redujeron a fragmentos carbonizados la pelotita azul. ¡Desintegrado!

—Muy bien —aplaudió Pommery—. ¡Ya ven que es sencillo! Todo consiste en no dejarlos acercarse a nosotros y destruirlos sin contemplaciones. Pero, por favor, pónganse de acuerdo. Los nervios han de estar tranquilos. Para eliminar un «zyron» no hace falta que entremos todos en juego. Cuiden de no vaciar la carga de los depósitos caprichosamente…

—¡Otro! —exclamó un muchacho de cabellos rubios, interrumpiendo al sargento—. ¡Ha brincado por la derecha!

Sí. Los disparos y el ruido que producía la corta tropa a su paso debían haber sobresaltado a los «zyrones» que se cobijaban en la antes silenciosa cochera. Una llamarada lo borró de la vista cuando todavía se hallaba en el aire.

Esperaron, vigilantes. Ninguna señal por el momento. Aquel pedazo podía considerarse limpio de invasores.

—Adentrémonos-decidió el sargento —. Este lugar creo que resulta excelente para que formen sus nidos. No se agrupen. Espárzanse de extremo a extremo y así cubriremos eficazmente el terreno. ¡Vamos!

La afortunada experiencia inundó de gozo a los novicios soldados. ¡Eran maravillosos los proyectores de fuego! ¡Qué enorme potencia y capacidad destructiva!

Avanzaron, abiertos en abanico, por la galería. Jeff sentía los latidos del corazón a flor de boca. ¡Excitante bautismo! Las pisadas, los jadeos y los cuchicheos que se dirigían entre sí resonaban claramente en el vacío circundante.

Sombras de trenes. Monorraíles brillando hacia las vías muertas de estacionamiento. Parpadeos de los arcos mercuriales. Rebullir, susurrante, a lo largo de las paredes, lo mismo que un correteo ratonil. ¡«Zyrones»! Seguramente se alojaban algunos más que la media docena denunciada por la mujer.

Un ángulo de la galería, a cuyo amparo hicieron un alto. Después, el pelotón torció a la izquierda y entró en otro tramo de los talleres. El fondo aparecía a obscuras. ¿Por qué no brillaba la luz? Jeff se hizo la pregunta automáticamente, clavando los dedos en la doble empuñadura del proyector.

Algo ocurrió entonces, rapidísimamente, que le impidió distraer la razón en devaneos. ¡Un «nido» insospechado se ocultaba en la oscuridad! ¡Al amparo de las densas nieblas!

—¡Asquerosa rata azul...! —rezongó el muchacho rubio.

Jeff dirigió la vista sobre el voluntario... ¡y se quedó helado de sorpresa! ¡Era la segunda vez en poco tiempo que presenciaba el veloz ataque de los parásitos!

El sargento Pommery vociferó tajantemente. Uniendo la acción a la palabra, empezó a disparar el proyector, cuyo chorro de fuego dibujó una trayectoria llameante. Las tinieblas fueron rasgadas por la luz infernal de las armas... ¡descubriendo un amasijo saltarín de animalillos azules! ¡Atacaban en masa, lo mismo que una nube de insectos de las tierras pantanosas de Japetus[3]!

El ingeniero no advirtió enseguida lo que se avecinaba, porque toda su atención estaba prendida en el voluntario rubio. Un «zyron

erostare», obrando de acuerdo con sus características, acababa de saltarle al cuello… ¡pegándose a él!

El muchacho manoteó el aire, se tambaleó torpemente sobre los pies y cayó de bruces. ¡El aguijón ponzoñoso acababa de entrar en acción punzando tras la oreja! ¡Fuera de combate!

Instintivamente, dejándose llevar por el sentido humanitario, Jeff trató de acudir en su auxilio. Los gritos ásperos del sargento Pommery atajaron su ademán y le obligaron al volver violentamente a la realidad. ¡Los «zyrones» los rodeaban, fluyendo de las tinieblas, en brincadoras oleadas! ¡Tenían que aniquilar al mayor número posible! ¡Representaban futuras víctimas entre la población de Cosmoville!

Ladeando el cuerpo, deslumbrado por las brillantes lenguas de fuego que convertían en bárbaro infierno el fondo de la galería, afianzó el proyector y oprimió el gatillo. Se olvidó de todo. De todo, excepto del objeto de la misión encomendada.

La raya culebreante que vomitó el arma achicharró varios cuerpos menudos, haciéndolos estallar en pedazos, convirtiéndolos en informes salpicones de masa desintegrada. ¡No picarían a nadie más! En dos zancadas, saltando el raíl del terminal, varió de posición y apuntó a la grieta en la roca por la que escapaba un reguero de «zyrones».

Los resplandores rojo-amarillos pintaban pinceladas de brutal iluminación y, favorecido por ello Jeff afinó la puntería. Su rociada licuó la riada de animalillos en una pasta lenta que el fuego disolvía entre chisporroteos y blanca humareda. Un olor acre, irritante, y que se agarraba a las gargantas humanas, se extendió en derredor.

El humo hacía toser y maldecir. Las suelas de los zapatos patinaban al pisar la resbaladiza alfombra tejida a fuerza de cuerpos blandamente apiltrafados. ¡Horroroso! Lo era, desde luego.

Horroroso y repulsivo. Pero a Jeff Waseott, lo mismo que a los restantes voluntarios, los embriagaba la trascendental importancia del servicio que desempeñaban, impidiéndoles profundizar en semejantes detalles de conjunto.

El sargento Pommerv tropezó con Jeff mientras ganaba terreno. Se miraron, alumbrados por el relampagueó de las armas, y sonrieron. Una sonrisa de confianza y de seguridad. Avanzando palmo a palmo, unidos los hombros y duro el rostro, bañaron de fuego exterminador a los bichos de Eros que representaban la primera plaga del espacio sufrida por Cosmoville.

Ninguno podía huir ni escapar a la cortina abrasante que los destrozaba. Reventaban igual que sólidas burbujas de aire, salpicando en todas direcciones. Cabezas, miembros, negruzcas porciones apiñotadas, colgantes fragmentos… ¡Muerte ígnea! ¡Algo contra lo que se manifestaban impotentes sus terribles aguijones y activas ponzoñas!

Al fin, dueños del fantástico campo de batalla, los componentes

de la Patrulla barrieron totalmente el «nido» y de su amenazadora existencia solo quedaron desperdigados charcos, chirridos socarrados y humo.

Había terminado el encuentro. Pommery dio la orden de alto al fuego y sus hombres, trémulos pero alegres, dejaron de oprimir los gatillos. Una lúgubre paz, tras el ruido, sonó falsamente en sus oídos todavía lastimados por silbidos de detonaciones.

Volvió la oscuridad. El silencio. Las sombras indefinibles que impedían verse entre sí los demudados rostros alterados por muecas de asco. Se sentían impresionados por la matanza. Ahora alcanzaban a comprender sus sensaciones.

El olor, los restos humosos y el chapoteo del calzado al pisar el barro orgánico, les dieron la dimensión exacta de su acción.

Vencieron al enemigo azul. Sí. Pero tuvieron que esforzarse para contener los intensos deseos de gritar barbaridades.

—Asunto liquidado-rezongó el sargento —. Se han portado ustedes como verdaderos soldados. Echemos un vistazo a nuestras bajas... antes de continuar la inspección.

—Yo he visto caer a un compañero-declaró Jeff.

—A dos-rectificó un hombre cuya voz delataba su nerviosismo.

—Veamos-dijo Pommery —. Arrastraremos los cuerpos hacia la luz.

Uno de los atacados resultó ser, por una de esas frecuentes ironías del Destino, el hombre que expresó su deseo de «organizar un buen asado» de parásitos. Los distantes resplandores de los arcos lumínicos les permitieron observar someramente a los infortunados. En ellos se apreciaban las características típicas que tan bien conocían ya. Pinchazos tras la oreja y el bulto sobre la nalga. ¡Abyectos bichos! Los pocos minutos que duró la batalla bastaron para que consumasen su repulsiva labor parasitaria.

El pelotón quedaba reducido a seis hombres sanos y el propio Pommery. Las fuerzas habían sido mermadas en una cuarta parte al primer combate. No resultaba demasiado halagador para la vanidad humana. El ansia de desquite, de auténtica venganza, sofocó las repugnancias,

—Es una pena que no dispusieramos todavía del compuesto «Z-19» —se condolió el sargento—. Nebulizaríamos el túnel en toda su extensión y mañana vendríamos a contar los cadáveres. Esta falta convierte nuestra labor en un esfuerzo ímprobo. No sé hasta qué punto puedo pedirles a ustedes colaboración, porque, después de todo, no son profesionales de la milicia, pero...

—No perdamos el tiempo, sargento —atajó alguien—. Hemos venido a luchar... ¡y lucharemos! Más que una Patrulla de Voluntarios podemos considerarnos un comité vengador.

¡Adelante!

—Eso es-agregó Jeff —. ¿Qué esperamos? Cosmoville necesita verse libre del azote mortal... ¡cuanto antes!

—¿Opinan todos lo mismo?

—¡Claro que sí! Las galerías prometen caza abundante. ¡A por ella, muchachos!

El entusiasmo —basado en la personal indignación— acababa de prender salvajemente en todos los pechos. Pommery no ocultó su contento. Dirigiéndose al excitado grupo que le rodeaba, dio rápidas órdenes.

—Muy bien —dijo—. Citaré su comportamiento ante mis jefes. Antes que nada, hay que sacar los heridos de la cochera. Conviene trasladarlos al quirófano más próximo enseguida y que les practiquen la extirpación. Va a ser un tanto fatigoso... pero creo que dos de ustedes podrían ocuparse de ello. Cárguenlos sobre la espalda y llévenlos al turbovehículo que espera en el exterior. Los cuatro voluntarios restantes y yo seguiremos la inspección. Díganle al conductor Stone que poseemos razones fundadas para suponer que la zona S-406 está invadida de «zyrones». Stone pedirá refuerzos.

Los voluntarios se miraron entre sí, dubitativos. Los seis querían pelear. Pommery resolvió la situación tocando a dos de ellos en el hombro.

—Vayan —ordenó—. No les he elegido. Ha sido el azar. Buena suerte.

Haciendo un gesto rápido con la cabeza, tratando de evitar las posibles lamentaciones, echó a andar en dirección a otra de las galerías, seguido por los cuatro acompañantes. Jeff Wascott se contaba entre ellos... y sintió alegría.

Le hubiese dolido tener que regresar a la bóveda de entrada sabiendo la clase de peligros que iban a correr los demás. A su espalda, resignadas, les despidieron las voces de la improvisada pareja de sanitarios.

—Mucho ojo —recomendó el sargento—. Ya han visto cómo las gastan los invasores. Cuídense de no ser atacados a traición.

Durante unos quince minutos, que se alargaron inverosímilmente por causa de la impaciencia que sentían, el pelotón avanzó entre penumbras, hosco silencio y sonidos casi imperceptibles.

Los proyectores apuntaban al frente y a los lados, prontos a enviar sus rociadas de fuego líquido. El aire cargado de olor a ozono que inhalaban salía ruidosamente al expelerlo por la nariz, ya que todos mantenían los dientes fuertemente apretados y comprimida la boca.

Los imprecisos sonidos, brotando de un lugar a otro —aunque no podían ver a los causantes— solo tenían una explicación lógica: «Zyrones». Transitaban por un foco de enemigos. Eran ellos. Se

hallaban en las inmediaciones de algún «nido» próximo. ¡Mejor! ¡Anhelaban tener a tiro nuevos parásitos en los que saciar la cólera que bullía en sus corazones!

El velocísimo rascar de uñas en las paredes y suelo lo confirmaba. El paso de la Patrulla sobresaltaba a los animalillos. No alcanzaban a localizarlos. Pero atacarían. Lo sabían. Era una evidencia que no necesitaba de mayores demostraciones. Inopinada y traidoramente llegaría el asalto.

—Deténganse —bisbiseó Pommery—. Déjenles cobrar confianza. Les intimida nuestra presencia.

La luz seguía siendo débil en las porciones del subtrén más apartadas del túnel principal. Estaban ya en los límites de la cochera, cerca del ramal urbano que se desparramaba en líneas monorraíles cubriendo la extensión completa de Cosmoville.

Los ahusados coches de transporte aparecían a lo lejos, igual que espectros petrificados o en inexplicable reposo. Una máquina atómica, alta de morro y baja de trasera, ocupaba la vía que se iniciaba solo a veinte metros de su izquierda...

—¡Los oigo junto a mí! —exclamó alguien del grupo.

—¡Cállese!

—Pero...

Ssss... Rrrrssss... Ppppmmm... El siseo arrastrado de cuerpecillos dejábase oír. Cada vez más cerca, rozante, insoportable. Tomaba acordes de multitud. Hacía amontonarse las gotas de la transpiración en la frente de los terráqueos. Era lo mismo que el sonido de un trozo de papel crujiente, revoloteando, al caer desde cierta altura. A Jeff le dolían los ojos de tanto esforzarse en taladrar las penumbras. ¡No hay nada que excite tanto la imaginación del ser humano como el enemigo invisible, amenazante y oculto! El hombre prefiere luchar cara a cara. Enzarzarse en algo tangible. Así ha sido por los siglos de los siglos y lo será siempre. Lo misterioso, lo enigmático e inmaterial, aunque la razón y la lógica avalen su existencia, siempre atemoriza un poco por la imposibilidad de abarcarlo objetivamente y de una sola mirada.

Esto pensaban y esto sentían, luchando por amordazar los sentimientos y desviar los tanteos mentales. Encogidos, inmóviles en sus sitios, aguardaban con verdadera locura el instante de emplear las armas. ¡Acción desatada! ¡Cómo la deseaban! La vista de Pommery saltaba de un lugar a otro, escrutadora, igual que la de Jeff. Ambos parecían compenetrarse. Representaban el alma de la Patrulla. Ambos, también, sentían la fiebre de la venganza correrles por las venas.

Los corazones latían y las manos sudaban. Había sequedad en las fauces contraídas, ansiosas. Y aquel siseo —¡aquel maldito y desesperante murmullo!— los rodeaba segundo a segundo, lo mismo que un cerco desconocido, horrible y maléfico.

En un momento, con sorprendente eficacia, una tropilla de «zyrones» salió de un agujero en la pared. ¡Parecía un cortejo macabro de ratones azules!

Iban en hilera, calmosos, como si un sexto sentido los advirtiese que sus probables víctimas no estaban desprevenidas y sí, en cambio, eficazmente armadas. Correrían la suerte de sus antecesores. Una pira de cuerpos achicharrados sería el epílogo de aquel prólogo azul que se iniciaba con cautela y sigilo.

Pommery levantó el proyector y no necesitó ordenar a nadie que abriese el fuego. ¡Lo necesitaban tanto como el aire para vivir! Cada hombre, convertido en un némesis batallador, actuó por iniciativa propia, consciente de su deber. ¡Guerra! ¡Guerra sin cuartel contra los «zyrones»!

El primer latigazo de fuego, llameando en medio de la hilera de parásitos, se deshizo en chispas. Los alrededores quedaron vividamente iluminados, con brillos de relámpagos tormentosos. Jeff abrió la boca, atónito, igual que sus restantes compañeros. No. No se trataba de una tropilla... ¡sino de todo un ejército! ¡Un numerosísimo y venenoso ejército!

—¡Dios mío! —susurró Jeff Wascott, sintiendo un extraño desorden mental—. Pero... ¿cómo es posible?

Tal vez rebullían unos quinientos en torno. ¡«Quinientos cuerpecillos dispuestos a eliminarles»! ¡A inyectarles ponzoña y convertirlos en tumores larvatorios para enloquecerles con la atroz «ezquizozyronea»! ¿De dónde habían salido? ¿Cómo lograron reproducirse tan fabulosamente!

Malcom habló de sus prodigiosas facultades para la multiplicación de la especie. Pero aquello, visto gracias a la luz infernal de los disparos... ¡era inconcebible de todo punto! Un ejemplo «vivo» y fastuoso de su poder reproductor. ¿Cabía temerse que salían a un «zyron» por cada habitante de Cosmoville? ¿Ocho millones? ¡No! ¡Basta de fantasías! ¡Era imposible!

Imposible... La palabra danzaba en todas las cabezas. ¿Realmente imposible? En tal caso... ¿de dónde habían llegado las apretujadas criaturas que ocupaban todo el espacio capaz de ser abarcado con la vista? ¡«Todo»!

Una gruñidora y cálida avalancha se les vino encima, lo mismo que si acabasen de desprenderse... ¡del techo! Jeff Wascott, impulsado por el temor, alzó la vista y disparó apuntando a lo alto. ¡Horror de horrores! ¡Estaban allí! ¡«En el techo»! ¡«Cubriéndolo» de un tono azul!

Renunció, a siquiera, calcular los cientos de parásitos que correteaban, oprimiéndose, por los conductos de canalización y los bordes desde donde se suministraba oxigenación gradual a los

departamentos del subtrén. ¡Se veían miles, quizá! ¡«miles»! ¿No sería todo alucinación?

No lo era. Se metieron, por propia voluntad, en el foco más infecto del planetoide artificial. Sin duda, de allí partían los «zyrones» que más tarde atacaban a la población civil, en las calles, en sus hogares, en los centros de trabajo... ¡Aquello poseía categoría de gigantesco «criadero»! ¿Qué podrían cinco hombres contra la nube de bichos letales?

—¡Muévanse de un lugar a otro! —jadeó la voz ronca de Pommery—. ¡Impidan que se les peguen al cuello! Y por todos los santos juntos del cielo... ¡disparen sus armas! ¡Si escaparan con vida del subtrén los atacados se contarían por cientos!

La habían deseado con rabiosa ansia, pero no era una batalla. Era una desesperada locura por disparar los proyectores, correr alrededor de los coches y manotear tratando de evitar las pegajosas bocas circulares. ¡Pavoroso! Jeff Wascott, regando a su paso la masa azulada que caía igual que lluvia de vivientes gotas, abrió una brecha y se desplazó a largas zancadas.

Notaba contra su cuerpo trémulo el rebote de calientes pelotas. ¡Sentía el roce de la piel en sus manos erizadas! ¡El revolverse en el aire y hasta los arañazos de las uñas al desgarrarle las ropas! Peleaban envueltos en un turbión de «zyrones». «Nadando» entre parásitos.

Dirigió el cañón de izquierda a derecha, medio cegado por la cortina de cuerpos vertiginosos, y regó materialmente al ejército de «zyrones», mientras sus compañeros de aventura hacían otro tanto. Resultaba sencillamente espantoso. Abominable. Otra vez la masa pastosa y resbaladiza bajo sus pies. De nuevo el olor irritante a materia orgánica abrasada y las vaporosas nubes de humo producidas por la desintegración molecular.

Se asfixiaban. Tosían y maldecían enconadamente. Prácticamente, se hallaban rodeados. Peor todavía: «Sumergidos» en un caldo azul. Cubiertos de parásitos que se descolgaban por las paredes, por el techo... ¡brotando de la tierra misma!

Wascott nunca supo el tiempo exacto que duró la cruel batalla. Nadie se atrevería a precisarlo. Espectralmente, recortándose las siluetas merced a las eléctricas y cárdenas descargas, veía a sus camaradas peleando sin desfallecer, aniquilando «zyrones» sin tregua, ebrios de espasmo homicida. ¡Era igual que un vértigo destructor, avasallante e insaciable!

Pero las avalanchas azules no decrecían. Por muchos que matasen, siempre parecían existir los mismos, cubriendo los claros que despejaban las llamas, empeñados en derrotarles.

Turbado, sintiendo mareos y con el cuerpo enteramente bañado de sudor, el espacio-ingeniero tuvo que apoyarse en la plataforma de

uno de los vagones del subtrén. Desde allí, siguió oprimiendo el gatillo y desintegrando alimañas de Eros. La situación había llegado a un punto sobrecogedoramente inaguantable.

En el suelo yacían tres hombres, inmóviles, y el sargento Pommery, que disparaba arrodillado en el centro del campo de batalla incapaz de alcanzar la locomotora atómica para guarecerse, se tambaleó de pronto y dejó escapar el proyector. ¡Atacado también! ¡Las diezmadas fuerzas de la Patrulla de Voluntarios se hundían en la sima de la derrota!

El ardor y el coraje ganaban a Jeff. Había dejado de pensar. ¡Fuera reflexiones! Era una máquina infatigable que oponía sus chorros de fuego contra las cascadas de «zyrones» que infectaban el terminal. ¿Qué estaría haciendo ahora Belinda? ¿Y Billl? Una voz interna, rebelde, preguntaba a despecho de sus propósitos inhibitorios.

No lo sabía. ¡No le importaba! Matar «zyrones» representaba su ineludible y empecinado deber. Matar, matar, matar… ¡Librar a Cosmoville de la plaga! ¡Exterminar la amenaza de millones que aplastaba a la Colonia terráquea de la ciudad del espacio!

Como en sueños, vacilando sobre los pies, diose cuenta de que la semioscuridad le rodeaba. ¡Tinieblas que ya no rompían el chasquido de las armas ni sus trallazos de fuego!

¿Es que nadie disparaba? ¿Por qué aquella pasividad estúpida? Lanzó una carcajada diabólica, incontenible. ¿Había ya perdido la razón? No. Continuaba cuerdo. Aturdido, pero consciente de sus actos. La verdad, filtrándose como a través de un espeso muro, penetró en su mente.

Oprimió el disparador… ¡mas no salió líquido alguno por la boca del proyector! ¡La carga estaba agotada! Ahora pasaba a ser un trasto inservible, útil solo como objeto contundente. Jeff Wascott… ¡hallábase desarmado y a merced de los inagotables invasores! El descubrimiento invadió su cabeza y golpeóle con fuerza el cerebro. ¡Desarmado! ¡Solo disponía de sus recursos físicos!

Blandiendo el arma por el cañón, enloquecido comenzó a descargar golpes en torno, repeliendo el ataque de la forma más primitiva y simple empleada por el Hombre desde sus atisbos genealógicos. La violencia, el horror y el deseo frenético de supervivir, le embriagaban el ánimo, mezclándose en explosivas manifestaciones anímicas,

Lucharía solo. ¡Jeff Wascott contra todos los «zyrones» del Universo! ¡Y los vencería! Nada podría detenerle, porque sabíase inmunizado contra toda clase de pasmos. Ya no era un ser civilizado y culto. Hasta olvidose del código terrícola y las enseñanzas pacifistas que le inculcaron psíquicamente desde su niñez. La tensión y la explosividad de la batalla bastaban para derribar cualquier barrera.

Ahora, liberada la fiera que todo ser humano lleva dormida en el corazón, se comportaba tan brutalmente como sus prehistóricos antepasados de tipo simiesco y reducida capacidad craneana. ¡El instinto atávico de la guerra le empujaba y arrastraba por los cauces bestiales de la destrucción sin freno!

La resistencia heroica, empero, no podía durar mucho. Sabía —por propia intuición— que todos sus compañeros debían haber sucumbido en el ataque. ¡No los veía moverse a su lado! Fue entonces, cuando perdió el equilibrio después de fallar un golpe cargado de ruda energía, que «notó» en su cuello la pegajosa consistencia de «algo vivo» que se adhería a la piel. El corazón dejó de latir y chilló de puro horror. ¡Un «zyron» había saltado hasta el estratégico y vulnerable punto!

Empavorecido, gritando con taladrante potencia, Jeff arrojó lejos de sí el proyector y se llevó ambas manos detrás de la cabeza. Fue un ademán más instintivo que premeditado. Un reflejo de defensa propia, agudizado por el conocimiento del mal que no tardaría en aquejarle. Con los dedos, venciendo la sensación de asco, estrujó la masa cálida y de suave pelaje. ¡Lo arrancaría de allí antes de que le inoculase su ponzoña paralizante y amnésica!

Un pinchazo, hondísimo, le perforó la epidermis. Sintió el aguijón tan intenso, tan penetrante, como si acabase de hundirse hasta su pecho. Y luego tuvo frío. ¡Mucho frío! Inmediatamente, todavía capaz de controlar sus emociones, las rodillas le flaquearon y comprobó que una extraña pesadez le embotaba el cerebro.

Quería desprenderse del parásito, despegarlo de allí y arrojarlo al último rincón de la galería... ¡pero no podía! ¡Era imposible mover un músculo! Algo le agarrotaba de pies a cabeza, privándole de la bendita facultad móvil del Hombre. Se tambaleó. La vista empezaba a nublarse. ¡Una ceguera de tonos azules y foscos!

Otro pinchazo. Lo experimentó con toda lucidez, exactamente igual que quien recibe las inyecciones de una aguja hipodérmica. Cayó de bruces. ¡Cayó pese a sus esfuerzos por mantener el equilibrio! El suelo cubierto de pasta viscosa le embadurnó la cara. Crispó las manos impotentes y un postrer destello de consciencia le avisó que no tardaría en embargarle la pérdida total de la misma.

Fuertes náuseas llevaron lágrimas a sus ojos. Un deseo incontenible de vomitar. Perdía el sentido. Igual que Coutems, igual que Belinda y tantos otros,.. ¿Realidad? ¿ilusión? ¡Qué laxitud se apoderaba de los antes vigorosos miembros!

Nuevo pinchazo. Corto y profundo. El tercero. ¿O era el cuarto? No lo sabía. La cabeza pesaba como plomo y las manos, dejaron de hincar las uñas en tierra. Iba a gritar. Abrió la boca, Pero no brotó sonido alguno, porque hasta sus cuerdas vocales debían estar

paralizadas.

Nada. Negruras. Silencio. Una paz absurda. Una sensación... de muerte. Jefferson Wascott pasaba a convertirse en víctima parasitaria de los «zyron erostare».

# CAPÍTULO IX

### *FINAL DE LA PLAGA*

Las criaturas humanas suelen recobrar el sentido de muy distintas formas. Casi siempre, la sensación de abandono y de aturdimiento persiste al recuperar la consciencia.

Hay vestigios de dolor. Mal sabor de boca. Mareos. Y tanta debilidad que, en ocasiones, el recuperado se sume, acto seguido, en un nuevo período de ausencia.

También los recuerdos adolecen de vaguedades. Aunque el subsconciente conserva huellas memorizadoras en algún punto recóndito, no se logra precisar detalladamente todo lo ocurrido antes de la pérdida del sentido.

La tarea de reconstruir lo pasado, partiendo del momento en que huyeron las facultades sensatorias, resulta intrincada y lenta, con frecuentes lagunas y zonas en blanco.

Pero cuando Jeff Wascott regresó de su viaje por las insondables regiones de la negrura mental, lo hizo sin sobresaltos, hasta con cierta suave dulzura. Igual que quien abre los ojos después de un plácido sueño. Esto era, en realidad, lo que experimentaba. Despertar tras un tiempo dormido.

Súbitamente, la memoria revivió lo ocurrido en el «Marcian Club», el primer encuentro en el túnel y la batalla final, desesperada, en la galería del terminal. Todo, «absolutamente todo», quedó recopilado, ordenado y listo en el cerebro en el breve espacio que siguió a su parpadeo inicial.

Solo a partir del ataque del «zyron», los recuerdos se hicieron densos e impenetrables. Por lo demás, hasta su gesto fue tranquilo cuando paseó la serena mirada en torno a los reunidos.

—¡Jeff! —exclamó Belinda Wascott, levantándose impulsivamente para abrazarle.

—¡Papá! —dijo Billy—. ¡Oh, papá! ¡Qué alegría volver a verte vivo!

El doctor Pandromer, sonriente, conservó la calma y permaneció en su asiento, procurando no interrumpir las cariñosas efusiones desatadas en la sala de convalecientes del Hospital General. Sabía que cuando terminase la explosión, Jeff Wascott pensaría en él y le dirigiría las primeras preguntas.

Esperó, pues, pacientemente durante los siguientes cinco minutos, plazo que Belinda y Billy necesitaron para cerciorarse, a sus anchas, de que Jeff se encontraba todo lo bien posible dadas las

circunstancias. Como había supuesto, el ingeniero le saludó al poco y volvió hacia él su atención finalizada la comprobación a que esposa e hijo lo sometieron.

—Hola, Jeff —dijo el viejo Pandromer—. Es grato advertir que apenas padece síntomas de perturbación. El doctor nos avisó que sucedería así. Es usted un hombre fuerte y sano. Se ha recuperado admirablemente.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy hospitalizado?

Belinda, que sujetaba entre las suyas las manos de Jeff, respondió a la pregunta.

—Cuatro días, querido. Han puesto en práctica un nuevo tratamiento que elimina el doloroso período postoperatorio. Ojalá yo hubiese podido librarme de él. Has estado como dormido desde que sufriste la extirpación del tumor parasitario. Ahora, al recobrar el conocimiento, solo tendrás que observar uno o dos días de convalecencia. Tu herida ha cerrado y no queda cicatriz. Casi puede decirse que me has aventajado… porque yo fui dada de alta ayer.

—Eso explica algunas cosas —admitió Jeff—. Me extrañó tu presencia a mi lado y, de momento, creí que se trataba de una visión. Sabéis todo lo ocurrido, ¿verdad?

—Sí. Nos lo contaron los miembros de la Patrulla de Voluntarios.

—¡Has sido un héroe, papá! ¡Te batiste hasta el final mejor que muchos soldados!

—No me lo recuerdes, Billy. ¿Cómo… como sigue la situación? Me preocupa bastante el estado actual de cosas.

Pandromer —ya que a él iba dirigida la pregunta— tomó la palabra con su habitual desenfado.

—Ha terminado el juego, Jeff, y no hay motivo de preocupación. Puede decirse que su «caso» fue uno de los últimos registrados en Cosmoville. Aquel mismo día, por la tarde, se procedió a administrar antídotos a la población civil, y durante la noche, los compuestos nebulizados de «Z-19» entraron en acción. Nunca tan acertada como ahora la vieja expresión de que «murieron como ratas». Así caían los «zyrones» nada más ser alcanzados por las nubes activas de veneno. Si nos hubiésemos descuidado unos cuantos días… quizá Cosmoville habría pasado a la historia en calidad de planetoide artificial sembrado de cadáveres y habitado por enfermos incurables de «ezquizozyronea» en último grado. Afortunadamente, podemos contarlo. Gracias a la pericia del Cuerpo Médico, al ejército y a la Policía del Espacio. ¡Ah! —añadió con ironía—. Y a unos cuantos pelotones de suicidas llamados Patrullas de Voluntarios. Fueron a pelear con un gigante de millones de cabezas armados de simples regaderas de fuego líquido. Los oriundos de la Tierra tienen mucho de caballeros andantes.

—Debía usted haberlas visto, doctor. Son muy eficaces esas «regaderas».

—Olvídate de ello, Jeff —pidió Belinda—. Ya ha pasado. ¡Estamos otra vez juntos los tres! ¡Y fuera de peligro!

—¿Seguro? —sonrió Wascott, acariciando distraídamente la cabecita de Billy.

—Han suprimido el estado de alarma. La vida vuelve a ser normal para los habitantes de Cosmoville...

—¿Qué predicen sus corazonadas, doctor?

—Pues... —Pandromer se rascó una mejilla con el pulgar—. Sí. Creo que reinará la tranquilidad.

—Ahora es cuando me siento plenamente seguro. ¡Viejo agorero! —reprochó cariñosamente—. ¡Acertó usted con todas sus maldades! Es el pitoniso más tétrico que existió jamás en el Universo.

—Oye, papá... —dijo Billy saltando sobre el lecho en el que yacía Jeff, al terminar las risas que siguieron a su comentario—. Tengo algo importante que comunicarte, ¿sabes?

—¿De veras, hijo? ¿Qué es ello?

—No le hagas caso —intervino Belinda—. Ya conoces a los niños...

—¡Es una mascota estupenda! ¡Toda de colores!

—¡Billy! —reprendió el ingeniero, perdiendo de golpe su expresión risueña—. ¿Otra mascota? ¡No! ¿Qué demonios has encontrado esta vez?

—Una mariposa —contestó el pequeño—. Una mariposa multicolor que revoloteaba por el jardín. La guardo en casa, encerrada dentro de una cajita... ¡Verás cómo te entusiasma!

Jeff cruzó una rápida mirada con su esposa y luego, comenzando a sentirse intranquilo en el lecho, trasladó los ojos al viejo. Sin poderlo evitar, cosquilleante, una terrible duda iba desarrollándose en su imaginación... ¡porque también la vez anterior, Billy quiso convertir en mascota a un animalillo de piel azul y aspecto inofensivo!

—¡No lo permitiré! —casi gritó, incorporándose—, ¡Deshazte enseguida de ella! ¡Te lo mando, Billy!

Pandromer y Belinda, igual que puestos de acuerdo, rieron de buena gana, burlándose abiertamente de su cómico temor. Billy, que parecía a punto de echarse a llorar por las brusquedades de su padre, los contemplaba a ambos sin comprender. Al fin, Pandromer, sofocando la creciente hilaridad, explicó:

—No... no hay cuidado, Jeff... ¡Se trata de una «verdadera» mariposa!

Entonces, un tanto avergonzado, también Jeff Wascott rió y las carcajadas de los cuatro terrícolas que ocupaban la habitación del Hospital resonaron con fuerza en el pasillo que daba a la Planta. Las

resonancias vinieron a ser algo así como el epílogo de algo trágico que, milagrosamente, concluyó en feliz comedia.

Y lo eran. Porque las risas acababan de ahuyentar al remoto pasado la sombra de la plaga espacial que dominó aterradoramente a Cosmoville, superciudad gravitante más allá del Rojo Planeta marciano. De nuevo —como siempre— la espléndida Raza Humana fue capaz de vencer toda suerte de dificultades. Justas sonaban, pues, sus risas de alivio y triunfo.

**FIN**

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

# notes

# Notas a pie de página

[1] Debido a que su órbita es mayormente elíptica.

[2] De esta fantástica droga, ya se ha hablado en los números 122 y 123 de esta colección. Recomendamos su lectura.

[3] Uno de los satélites del anilloso Saturno.